Jaime Ramos

ARDIENTE SEDUCCION





Jaime Ramos (Matamoros, Tamaulipas, 1955).

Abogado por la UNAM; Diplomados en Comunicación Política, Cabildeo y Prácticas Legislativas en la Universidad Iberoamericana.

De 1976 a 1988 se desempeño como funcionario en la administración pública federal. Ha publicado un ensayo de sociología política:
Los de Arriba (Planeta,1993).

Ardiente Seducción (Nueva Imagen, 1977) fue su primera novela.

Ardiente Seducción

Jaime Ramos

Diseño de Portada: Rafael Hernández H.
Ardiente seducción
Derechos reservados
© 1997, Jaime Ramos
Registro número 046

Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial del contenido de la presente obra en cualesquiera formas, sean electrónicas o mecánicas, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.
Primera edición: 1997

Para Carolina Ralph Galindo,
por estos diez años.

Para Javier y Víctor Hugo Ramos,
mis más viejos amigos

ÍNDICE

El Arlequín

El cambio

El martirio

Epílogo

El Arlequín

Todo empezó en la semana santa de 1986, en la casa de campo de Cuernavaca de un amigo.

Allí, en una plática, me dijo que quedaría vacante una pequeña plaza en la embajada de México en Francia.

El agregado cultural lo había llamado ofreciéndole el empleo, ya fuese para él o para algún recomendado suyo. El sueldo no era mucho, pero sí suficiente para un soltero en la vida excesivamente cara de París. Cuando salí de la Universidad Nacional Autónoma de México, cuatro años atrás, con el título de licenciado en Administración de Empresas, inmediatamente me integré a un instituto de salud del gobierno federal como jefe de personal. Lo único que ese trabajo me había dejado era una úlcera duodenal, un pésimo carácter y el ansia de cambiar de actividad profesional.

Por eso, y por la inquietud juvenil de conocer otras latitudes, aproveché la oportunidad de salir de México. Mes y medio después estaba volando rumbo al viejo continente.

Cuando me encontré en el aeropuerto Charles de Gaulle tuve que cambiar dólares por francos. Como el cajero de la casa de cambio no tenía moneda fraccionaria para el teléfono, intenté conseguirla con los viajeros: *Do you have some change?...*

Nadie me hizo caso: o tenían mucha prisa o mi pronunciación del inglés era pésima. Después de tres o cuatro intentos de conseguir mi objetivo usé mi español-mexica. Funcionó.

Empecé a mentar madres y alguien se acercó y dijo en mi idioma: *¡Tú eres mexicano!*

—¡Claro! —contesté entusiasmado y desesperado por la falta de monedas—. ¿Se nota mucho?

—No, hombre, lo que pasa es que no es común en Francia la expresión “¡pinches putos!” Y como cuando pasaba a tu lado la escuché no pude resistir detenerme para preguntarte. Yo soy chileno y viví cinco años en Guadalajara, así que conozco bien tu vocabulario… ¿Se te ofrece algo? —preguntó.

—¡Feria!, ¡necesito feria para el teléfono!

—contesté—. Quedé en llamar a un amigo cuando llegara para encontrarnos en *Porte Maillot…*

Y como los mexicanos platicamos nuestras vidas sin que nos la pregunten, el chileno, pensando que le iba a echar todo un “chorizo de historia”, rápido sacó varias monedas de su

bolsa y me las tendió.

Al querer pagarle se despidió diciéndome: *¡Déjalo así! ¡Mucha suerte!*

Había quedado con Raymundo Torres, un viejo amigo de la universidad, y quien hacía su doctorado en la Sorbona, de llamarle en cuanto pisara suelo parisino. Cuando lo hice me indicó: toma el autobús que te lleve a *Porte Maillot* y en 45 minutos iré por ti. Raymundo llegó puntualmente y me llevó a una plaza clásica y hermosa de París: Trocadero. En dicho lugar, en menos de cinco minutos nos habían ofrecido cocaína, mariguana y hasta algo más fuerte, según me tradujo Raymundo.

Mi amigo me fue comentando los estilos y los *tips* de la vida parisina, me dio un plano de la ciudad para ubicarme, me puso al tanto de los precios, el metro y los principales sitios para conocer. Ese mismo día le pedí me llevara a una tienda para comprar una pequeña televisión, un radio tocacintas y una cámara fotográfica. Fuimos a las Galerías Lafayette y cuando llegamos a su departamento, en la rue de Grenelle, ya era de noche. Su sugerencia fue que me inscribiera de inmediato en la Alianza Francesa de la avenida Raspail. Tenía quince días para empezar a trabajar en la embajada y tiempo para buscar alojamiento. Raymundo comentó que conocía a una colombiana que tenía un *deux chambres* para rentar en el barrio judío *Le Marais,* uno de los barrios más viejos de París, y que pronto lo desocuparían.

Como no sabía ni decir *oui* le rogué a mi amigo que me acompañara a la Alianza. Se negó rotundamente y me obligó a que fuera solo a inscribirme.

Total, al día siguiente llegué a la escuela y con señas y demás me inscribí. Dos días después sería de nuevo estudiante... y estaba muy contento.

Como era de esperarse, el primer día la profesora comenzó la clase preguntándonos nuestros nombres. Cuando escuché el de María, torcí el rostro a mi izquierda hacia atrás y fue así cuando la vi. Ella se sonrojó y su color me atrajo. Empezó a hacer una de esas presentaciones obligadas de los extranjeros que aprenden un idioma ajeno:
je m´apelle…

Yo no la escuchaba. Continué mirando su rostro, las mejillas y la nariz; cuando bajó su cara y con ella sus redondos lentes de aumento fue que vi sus ojos verdes por vez primera. Vestía falda Chanel azul con caracolitos de color verde y guinda, una blusa color púrpura sin mangas y botines negros. No llevaba anillos ni collares ni esclavas, sólo un reloj.

Quise descubrir sus formas femeninas. No pude. Al calcular su estatura, el largo tronco de su cuerpo, que le salía del pupitre, y su cuello espigado me dieron un marco del cual partir. Opté por imaginármelas. Cuando terminó su exposición volteé hacia la profesora y descubrí sus ojos

casi asintiendo la impresión que María me había causado.

En el receso de clases empezamos a cruzar palabras con los compañeros a base de señas y gestos: todo se vale para hacer amigos. Cuando abordé a María para preguntarle su origen, me dijo que era catalana, al corregirle que era española, lo aceptó y nos recalcamos que éramos los únicos en hablar el castellano. El grupo era heterogéneo: había dos japoneses tan discretos que me imaginé pronto llegarían a ser los primeros de la clase; dos polacos adoradores de Karol Wojtyla; una israelita de nombre Orly; dos turcos: uno, hijo de un militar en activo, y el otro había huido del régimen de Turgut Uzal; dos iraníes, uno tan rico como el otro tan pobre —a este último le presté un libro y jamás me lo devolvió argumentando que se lo había prestado a otro más jodido que él; el pretexto me partió el corazón y como buen latinoamericano que siente el dolor ajeno como propio y presintiendo el adiós del libro, no tuve más remedio que decirle que se lo obsequiara a su amigo. En agradecimiento tuvo la ocurrencia de recitarme la biografía de Emiliano Zapata, lo cual sinceramente halagó mi alma nacionalista. Así descubrí la fragilidad mexicanísima de mi sensibilidad histórica. También había un norteamericano, una austriaca de nombre Doris y un hindú de nombre Ahmed. Después me enteré que en la India existían tantos Ahmedes como Juanes en México.

Recuerdo con simpatía las primeras frases de francés que intercambié con los compañeros de clase. A través de ellos empecé a conocer otras sensibilidades y costumbres. Siempre que estaba frente a alguien que desconocía mi lengua o yo la suya me invadía un gran espíritu de comunicación. Los latinoamericanos hacemos esfuerzos por entender los idiomas extraños: otros piensan que tenemos la obligación de saber su lengua y parecen sentirse ajenos a la responsabilidad con su interlocutor. En las clases mi acento era tan terrible que sólo quedaba mofarme de él. Hubo un amigo que me telefoneó desde México para saludarme y como despedida me dijo: *Recuerda que el francés lo aprenderás más rápido en la forma horizontal…* Y me dije: *¿Cómo demonios voy a llevarme a la cama a una francesa si no conozco nada aún de su lengua?*

Tres semanas después de mi llegada me mudé a la *calle de Poitou* en *Le Marais* en el 6° *arrondissement*. Según Raymundo, tuve mucha suerte en conseguir el codiciado *deux chambres*, por lo escasas que estaban las rentas y viviendas en París. De inmediato compré un colchón matrimonial, cobijas y almohadas, un antecomedor checoslovaco y pronto me vi instalado en mi departamentito de una sala comedor (con un viejo sofá rosa que ya estaba ahí), baño, cocina y su recámara, todo en un espacio de no más de cuarenta metros.

Me reunía con mi amigo Raymundo dos o tres veces por semana. Compartir con él y con su novia Anne Marie era muy estimulante y divertido. Ella era noruega y en verdad era una

auténtica vikinga: rubia, ojos azulísimos, dientes separados, de un metro setenta y cinco y con un español tan fluido como mi francés en esos días. Ellos fueron mi primer amortiguador para soportar la distancia de mis seres queridos.

Cada mañana que asistía a la Alianza Francesa en la avenida Raspail me regocijaba la idea de que no había cultura ajena que no enriqueciera la propia y Francia era un ejemplo de ello.

Me incorporé a mi empleo en la embajada dos semanas después de lo programado. Me informaron que la instrucción sobre mi nombramiento se había retrasado. Como en todo trámite burocrático y tortuoso, tuve que esperar y tener paciencia. Un mes después de mi llegada a París comencé a trabajar de 13:00 a 18:00 h, de lunes a viernes. Mi labor consistía en atender la audiencia, telefonemas y la correspondencia del agregado cultural (cómo sufrí los primeros meses por el desconocimiento del idioma). Había días muy tranquilos y otros algo pesados, sobre todo por lo meticuloso que era el agregado para organizar los eventos y las exposiciones. Luego entendí que como todo artista (el agregado era escritor), todo lo realizaba con tal sentimiento que a cada cosa siempre buscaba imprimirle su toque creador. Eso no obsta afirmar que la organización de los eventos era todo un rito, las más de las veces, fastidioso.

Así fui animando mis ganas. París estaba ahí y yo con ella. Así pasase cinco veces por el mismo sitio, siempre veía algo diferente. Los diversos encantos de muchas ciudades del mundo uno las halla en los barrios de París. A pesar de sus mitos y su publicidad ésta es una de sus virtudes. Yo no sé si sea producto de la cursilería latina el querer transmitir nuestros placeres o si es un defecto de nuestra formación el no poder ocultarlos. Independientemente de eso, recuerdo algo que me dije en el trayecto México-Nueva York-París: cada día, cada momento, disfrutaré de este viaje como si fuese el último de mi vida.

En la Alianza, y creo que como en todo en la vida, mi entusiasmo comenzó a inflamarse de esa energía que sólo provoca el sexo opuesto. Una de las sonrisas de María era como un destino inalcanzable a mi lado. Pienso que la casualidad aproximó nuestras vidas y ambos provocamos el resto. Una mañana me hice una confesión con la mirada respecto al esmero en mi arreglo personal: la vanidad masculina siempre es mayor que nuestra edad y los espejos son los testigos más sinceros cuando nos miran el rostro porque hablan con la verdad de las arrugas. Noté que los días habían volado por el aumento de palabras francesas en mi vocabulario.
Nunca fui un alumno brillante, más bien fue la necesidad machacante de aprender una lengua extraña para sentirme menos ajeno en un país donde nunca se deja de ser extranjero.

El inicio de las charlas con María se fue dando despacito, poco a poco, como si desconfiáramos uno del otro. Y como la mayoría de las relaciones humanas, de pronto los dos

estábamos hablando de todo.

Ambos estuvimos de acuerdo en que magnificábamos nuestra soledad por la sensible ausencia de los nuestros. Nos hacíamos preguntas que surgían de nuestra curiosidad por la liga que la historia estableció entre nuestros países y concluíamos con respuestas que comprendían su historia y la mía.

En esos días siempre eludimos temas personales y terminábamos hablando de la guerra civil española, de la revolución mexicana, de las relaciones de México con los Estados Unidos de América, de la integración europea o de cómo era España sin Franco.

A pesar de sus escasos veintidós años ella sostenía con vehemencia sus puntos de vista y nunca daba un paso atrás si el tema aludía su regionalismo catalán.

Al reflexionar sobre ello y comentarle mi opinión de que el regionalismo había perjudicado más a España que beneficiarla, convencida en el fondo de mi argumento, María optaba por callar; luego se rebelaba y volvía a rendirse ante su propio adoctrinamiento. Empecé a "sentir" la historia de su pueblo y a esforzarme por comprenderla. Sus rabietas fueron mi primer choque con el alma española.

El comportamiento de María durante las cuatro primeras semanas era simplemente el de una compañera de clase más. En ese lapso nunca percibí algo que insinuara nada más allá de una relación de camaradería. Recuerdo, sí, que en ese entonces, cuando hice dos o tres comentarios sobre su atractivo físico, ella adoptaba la pose de no registrarlos, pero pronto la traicionaba su sangre que carminaba al instante sus mejillas.

Las clases eran amenas e incluso hasta divertidas. Cierta ocasión una profesora pidió que habláramos sobre hechos o detalles curiosos que hubiésemos visto en París. El grupo estuvo de acuerdo con que había muchos franceses con poco pelo; muchos perros y excremento suyo en las calles, y una gran frialdad entre los mismos parisinos. Alguién comentó también que París le parecía una ciudad triste. Algunos compañeros estuvieron de acuerdo, yo no.

Las residencias temporales en sociedades ajenas provocan que observemos más lo que sería extraño en nuestro medio y lo que creemos que hace *sui generis* una sociedad. Así me fue llamando la atención la exigencia de propina de los aseadores de *toilettes* en lugares públicos; la puntualidad casi religiosa de los horarios para cerrar un negocio; las legendarias y sagradas vacaciones de agosto de los parisinos; el alto porcentaje de parejas que viven en unión libre; la fuerte influencia del sexo en la publicidad comercial; la terquedad casi obsesiva de la aplicación del método cartesiano en todas las labores; el orgullo de los franceses por París; el alto grado de politización del pueblo francés, y su atracción por las excentricidades y el

exotismo, que refleja una constante insatisfacción de su vida cotidiana.

Pero, claro, París no es Francia y ésta es más que su capital. Imposible conocer el profundo sentimiento de una cultura en un año. Sin embargo, ello jamás amilanó mi curiosidad sobre Francia. Desde sus quesos y vinos, sus movimientos sociales, su participación en el contexto mundial, la cohabitación, su extensa y solitaria población senil, sus campañas de estímulos natales, su oculto y resignado racismo…

Hasta esa atractiva habilidad de los políticos franceses (que empecé a admirar) de jugar con las cartas de los bloques políticos-ideológicos teniendo al mismo tiempo visión para estimular otro: la Comunidad Europea. En fin, nunca se conoce lo suficiente un pueblo como para no dejar de valorarlo.

Las conversaciones con María fueron dándose como entregas de sentimientos matutinos en los recesos escolares.

Los dos fuimos desprendiéndonos de caparazones y empezamos a hablar de nosotros mismos. Así fui enterándome de que había venido a Paris para perfeccionar sus conocimientos del idioma y que trabajaba como *fille au pair*, es decir, sirvienta y cuidadora de niños al mismo tiempo en la casa de un productor de cine en la calle Émile Zola del 15° *arrondissement*; de que su padre era propietario de una librería en Barcelona; que tenía dos hermanos, una mujer menor y un hombre mayor que ella; que adoraba la paella hecha en casa; que estudiaba música y le apasionaba tocar el saxofón; que discutía a menudo con su padre y que admiraba tanto a su madre que deseó siempre parecérsele.

Percibía invariablemente su fastidio por el trabajo que realizaba y un inocultable afán de curiosidad por conocer y vivir. Creo que la edad en María nunca fue un proceso natural, sino un estado de sentimiento. Manifestaba un asombro intenso por todo lo que descubría, y sus cinco sentidos siempre estaban al acecho. Pienso que la mujer puede controlar muchas de las energías que le fluyen por debajo de la ropa y de la sangre, pero jamás el brillo de sus ojos. Lo mismo le ocurría por momentos a ella: en una mirada transmitía mucho del deseo que le corría por dentro.

Mi actividad en la embajada se circunscribía a ser un modesto asistente. El agregado cultural me distinguía como un recomendado especial, de tal forma que su atención no estaba en mí sino en el ambiente en el que él se desenvolvía siempre: el de la *socialité*. Todo ello me brindaba mucha libertad y, sobre todo, tiempo.

Habían transcurrido seis hermosas semanas cuando aproveché la ausencia de mi jefe y me escapé al Medio Oriente cuatro días. Allá disminuí mi apetito sexual con una italiana radicada

en Johannesburgo, Sudáfrica, que conocí sentado al pie de una de las majestuosas columnas de Karnak, en Egipto. Aunque se piense que el lugar no tiene nada de romántico sí lo es cuando se observa el espectáculo de luz y sonido: lo penetran a uno con miradas provocativas y, sobre todo, la insoportable espera por llevarse a la cama a la primera mujer que se interese en nuestra persona.

Paola fue el oasis que tranquilizó mis sueños y amaneceres eróticos durante los días subsecuentes.

El pensamiento es preciso al recordar aventuras amorosas, no siempre por lo intenso de la relación sino por el afecto que guardamos a los sitios donde las vivimos.

Independientemente de los tres días que disfruté con Paola, Luxor, Karnak, el Nilo, el Valle de los Reyes y las tumbas de los faraones, la mirada de los árabes y su cultura milenaria valen y pesan mucho sobre los ojos de los visitantes.

Con Paola fuimos únicos en inventar arrumacos auténticos y privados por la ausencia de segundas oportunidades para compararlos. Quizá tuvimos huecos en las expresiones íntimas que nos dimos por el poco tiempo que convivimos, pero al envolvernos en promesas y esperanzas pudimos menguar una amarga despedida.

Creo que la mayor prueba que hace vibrar los recuerdos de los amantes es soñar con esa utópica espera de reencontrarse algún día. Porque es sabido que el tiempo de los amantes no envejece y sus adioses llevan siempre la ternura de sentirse vivos en algún rincón del mundo. Jamás volví a saber de Paola, y cuando pensaba en ella la imaginaba tomada de mi brazo por las calles de Luxor, hablando en italiano y francés y recalcando con sus ademanes el carácter siempre tan latino que hace de las italianas las mujeres que son.

De regreso a El Cairo escribí algunas postales en el tren. Pensé en María y le atribuí mi pensamiento a la falta de pareja en París. Al mirar por el cristal la verde rivera del mítico río Nilo, me imaginaba fantasías novelescas del viejo Egipto, y meditaba que en la actualidad la existencia nos sirve de poco y la juventud no rinde como antes. Los medios de comunicación, por todo lo que ponen a nuestro alcance, han hecho de nuestras biografías segundos. El hombre ya no explora territorios salvajes porque la modernidad nos los ofrece envueltos en tradiciones y folklore en un tríptico turístico. La veda de lo desconocido junto al lento goce del tiempo quedó atrás. Las grandes concentraciones urbanas nos han obligado a ser selectivos con nuestras amistades. También a saber recrearnos en nuestras propias soledades. Las aventuras ya no nos acechan: tener una en esta época es como si viajáramos al pasado. Las agendas diarias nos atropellan con sus irreversibles prisas. Cada día el tiempo nos rebasa y sólo lo vemos pasar. ¡Es imposible robarle la vida al tiempo!

En ocasiones me turbaba tanto el concepto del tiempo que terminaba haciéndolo el sexto sentido humano. Y como si realmente lo fuese, buscaba en él la orientación de mi espacio. Porque cuando se tiene todo el tiempo para enamorarse uno quiere huir junto a él. Pero robarse el tiempo es sólo para los grandes hombres, no para los enamorados.

Tiempo después lo comprobé.

Cuando regresé a París refrendé lo automatizado que estamos con las actividades diarias, lo innecesario que somos al medio que pertenecemos y cuán pronto la gente olvida las ausencias pasajeras de las personas.

Hay pueblos que impactan al oler su cultura en el ambiente de un mercado: con Francia era diferente. Cada vez que entraba a París sentía un cosquilleo por mi cuerpo. Era como un deseo insatisfecho por conocer una cultura lejana pero familiar. Siempre lo atribuí a esa emoción que nace de las ganas mexicanas por sumergirse en un país que en nuestra historia, al principio, lo admiramos, en un tiempo lo imitamos y en otro lo odiamos.

Nunca pude evitar ese, llamémosle, nerviosismo de incertidumbre parisina.

En la Alianza Francesa la mayoría del alumnado eran jóvenes que no sobrepasaban los veintidós años, de ahí que con mis veintinueve toda esa alegría me animara. En París aún creía en las aventuras, pero me negaba a reconocer las historias de amor. Nunca me atrajeron las novelas románticas mal contadas y sin saberlo estaba iniciando una. Creía que sólo a mi abuela le resultaban sus corazonadas: sus recetas de magia y brujería le abonaban ese lujo. A mí no.

El día que regresé a clases vi a María más hermosa que cuando intentaba en mi mente dibujarla. Tuve el presentimiento de que estaba incubando un cariño extraño hacia una chica demasiado atractiva y sensual; que ella no percibía el efecto de su belleza en mi y que su lozana juventud me podía conducir a vivir una historia de deseo sin final anunciado. Y me vino una corazonada…

Desde entonces empecé a temerle a los presagios.

—¡Hola! —me saludó.

—¡Quihúbole!— le contesté mirando su nariz respingona.

—¿Cómo os fue en Egipto, hombre? ¡Contadme!

Y claro que le conté todo, excepto las intimidades con Paola. Ella escuchaba con un acentuado interés, lo cual me invitaba a adornar las descripciones, los detalles y las anécdotas. Cuando le relataba algo original, abría de tal forma sus ojos que lo blanco de ellos

empequeñecían el verde de sus pupilas y nunca desaparecía la sonrisa de sus mejillas, y a cada broma que le soltaba ella respondía con una linda carcajada. Al hablar con María era tal mi ego que creí conquistarla a través de sus oídos, cuando en verdad una de sus virtudes fue la paciencia de su escucha.

Esa vez no entramos a clase y continuamos la charla en un café de la *rue de Fleurs*. María fue el inicio de mi aprecio por los perfumes. Tenía un año de haber dejado el tabaco y mi nariz estaba muy sensible a los aromas. Esa vez no pude contener las ganas de saber el nombre de su fragancia y se lo pregunté:

—Se llama París —respondió—. ¿Te gusta?

—Sí —contesté—, creo que es un olor para mujeres bellas.

Ella no se sonrojó y dijo:

—¿Halagas siempre a todas las mujeres?

—No. Sólo a quien me interesa —respondí.

Y retando con sus ojos continuó:

—Dime, Sebastián (era la primera ocasión que me llamaba por mi nombre), ¿existe algo en mi persona que resulte de tu interés?

No fue la pregunta lo que me puso incómodo sino la mueca de coquetería que combinaron sus labios y su mirada. Esa impredecible seguridad que le brotaba por momentos era la que debilitaba la mía. Era entonces cuando se crecía y el control de la charla pasaba completamente a sus manos.

Me repuse y le dije:

—Pienso que si alguien acepta tomar un café con otra persona es porque hay una clase de interés de ambas partes, aunque ése sea únicamente la simpatía, no crees?

—Sí —respondió—. Tú me simpatizas con tus expresiones de “chihuahuas” y “quihúboles”, además en España a vosotros los “manitos” siempre los tenemos presentes…

—¡Hombre! —la interrumpí—, también en México nos identificamos mucho con el pueblo español, creo que la sangre llama, aun conquistándola a fuerzas…

El giro que le di a la conversación hizo que ella expresara con el rostro curioso:

—¡Oye!, ¿aún nos guardan rencor?

—No —le contesté—, al menos no en mi generación.

Ella continuó:

—Quiero que me cuentes, me gustaría conocer México por tus labios y saber lo que piensan de nosotros…

Yo no sé si era la forma de su léxico o la sinceridad del fondo de su mensaje lo que hacía que aceptara lo que me pedía, pero, ¿cómo negarme a una petición que lejos de incomodarme me entusiasmaba? Además, esos verdes ojos con la verticalidad de sus pestañas serían el mejor termómetro de mi discurso. Quise ser llano en mi perorata pero me ganó la solemnidad latina y comencé a hablar utilizando un tono coloquial y afectuoso.

—Hoy observo a España como la familia rica
venida a menos, que aún guarda ante sus ex sirvientes latinos la dignidad y el orgullo, dos sentimientos que se adquieren en las cunas de poder y de grandeza. Creo que mi generación no podrá admirar a España porque México hace unas décadas dejó de adorar a los ídolos extraños. Quienes conocemos la historia de México sabemos que en ese conocimiento está la fortaleza de nuestra cultura.

Su población está imbricada aún en conflictos de identidad por la diversidad de sus grupos étnicos. Por ello, aún existen muchos mexicanos que al sacar a colación sus apellidos catalanes, vascos o sajones continúan presumiendo de sus raíces, porque eso les da un mayor estatus en una sociedad que no acaba por sacudirse sus complejos. Además, la inercia de trescientos años de dominio español es tan fuerte que es comprensible esa búsqueda de identidad con la parte del cordón umbilical que se encuentra al otro lado del Atlántico.

Yo no puedo guardarle rencor a un pueblo que honra su historia, aunque ésta me lastime. Si en América Latina los Cortés y los Pizarro fueron unos crueles aventureros, y en tu país son grandes héroes, son puntos de vista diferentes provocados por el beneficio histórico de las naciones…

Me interrumpió:

—Creo que han de haber sido unos desgraciados...

—Bueno— la atajé—, no iban a venir las damas de la caridad… —y seguí—: Apoyados en la fe católica ustedes diluyeron su vergüenza por las masacres y atrocidades efectuadas en América, mientras nosotros hemos arrastrado como lastre las mentiras y las verdades a medias de su versión histórica. La verdad, ¿quién tiene la verdad? Recuerda que los vencidos siempre dan su versión histórica estando muertos. ¿Cómo olvidar lo ocurrido en 1492? Sin esa fecha, ¿cómo explicar nuestro origen? Nuestra hipersensibilidad proviene desde la violencia utilizada con las indígenas hasta el rechazo a los seres engendrados. Fíjate: plantaron con tanta

violencia su cultura en esta tierra que gracias a la fuerza de su abono, hoy cada región de América Latina tiene un rostro propio. Aún hoy, cuando el europeo piensa en América Latina, se imagina la época que describía el barón de Humboldt, quien afirmaba que México era el país más rico del mundo. La leyenda de que somos el cuerno de la abundancia se debe a que tus paisanos siempre han cosechado frutos con terquedad, con trabajo y, como con nosotros, hace años, con explotaciones: la nobleza de una nación que ha sido lastimada en su honra, saqueada en su riqueza, cercenada en su territorio y aún tiene el corazón para amparar a los españoles que llegan a ella. ¿Sabes por qué, María? Porque nuestra vida sigue irremediablemente atada a la de ustedes.

Me detuve para darle un sorbo al café y continuar hablando, pero algo en su mirada hizo que callara. Pasaron varios segundos en que ninguno de los dos habló. Luego ella expresó:

—Has de amar mucho a México para hablar así... Me agrada conocer "tu" versión (remarcó el tú), ojalá y en estos meses me muestres cómo es México y cómo son los mexicanos.

—De acuerdo —le respondí con cierto coqueteo—. Siempre y cuando me digas cómo es "tu" España y cómo son, en especial, las catalanas…

Pero en mi tono insinuante no tuvo eco y sin sentirse aludida sólo recibí una sonrisa acompañada de un ¡por supuesto!

Ambos repetimos las tazas de café. Ahí nos rozamos con las manos, con las rodillas y luego con los sentimientos. Nada como la risa para ganarle a la desconfianza. Esa mañana reímos mucho y hasta nos entregamos un poco.

Al pedir la cuenta intentó pagar su parte proporcional y, ante su insistencia, tuve que aceptarlo.

Los mexicanos sentimos la compañía femenina como parte de nuestra responsabilidad hasta el grado de obligar a la mujer a aceptar el comodino y manipulador tutelaje económico; en cambio, las europeas manejan la liberación femenina a partir de su independencia económica; de ahí la facilidad con la que mandan al diablo a un hombre. Nos dieron las doce del día y mientras nos levantábamos de las sillas, al adelantarme a retirarle la suya, observe cómo se le replegaban los jeans bombachos tipo overol a sus anchas y bien dotadas posaderas. Acto seguido, yo aún no soltaba el respaldo de su silla, suavemente, como deseando transmitir un lenguaje corporal y guardando su cuerpo una posición angular, dirigió los dedos de su mano derecha hacia en medio de sus asentaderas para, desparpajadamente, sustraerse el calzón que se le había adherido entre sus nalgas. Al voltear a verme sonrió con una mirada consciente de malicia y dijo: *¿Nos vamos?*

Al salir del café nos dirigimos hacia los jardines de Luxemburgo. Al cruzarlos, la acompañé hasta los andenes del metro del mismo nombre. Esa vez iniciamos nuestras despedidas: ella siempre de pie, aunque hubiese asientos en el vagón, agitando su mano y mirando hacia el andén, mientras yo esperaba ver desaparecer su rostro del cristal una vez en marcha el convoy, hasta que se introducía completo al túnel. (Nunca supe por qué esas despedidas me recordaban las películas de Buñuel.) Al dejarla esa ocasión sentí una emoción especial que me invitaba a verla ese mismo día. Me fui a la embajada con esa sonrisa que reflejaba que la vida te trató bien hoy. Llegué a mi departamento de la calle de Poitou como a las nueve de la noche. Creo que nunca deseé tanto que el amanecer llegara pronto como esa noche.

Las ganas por María fueron creciendo con las mañanas a través de su voz y de su risa, de sus dientes y de su frente, de sus manos largas y de la inimaginable cantidad de lunares en su cuerpo. Bajar juntos las escaleras de la Alianza y acompañarla al metro Notre Dame des Champs era —y yo lo sabía— una ridícula satisfacción. Ella lo percibía, pero de manera pícara, que sólo la feminidad puede reflejar, ocultaba la vanidad de sentirse atendida como dama con las cortesías que le brindaba.

Un viernes, al despedirnos en el metro, antes de que lo abordara le solté:

—¿Qué vas a hacer mañana después de la una?

—Nada— contestó.

—Bueno le dije—, podemos ir al cine…

—¡Vale!, ¿me llamarás?

—¡Claro! A las doce —respondí.

Y la llamé.

El museo Picasso estaba muy próximo a mi departamento, y aunque nunca fue de mis artistas favoritos, tener la oportunidad de conocer algunas de sus obras a doscientos metros de donde uno vive, siempre resulta más atractivo que un cine. La escuché entusiasmada por teléfono y al decirle de la idea de visitar el museo y luego venir al departamento a comer un platillo mexicano el tono de su voz no varió. Quedamos de vernos a la salida del metro Filles du Calvaire a las dos de la tarde. Llegó puntual y alegre. Traía puestos jeans, suéter rosa y tenis blancos.

Estaba sonriente y sus cachetes se le inflaban de tal forma que levantaban los arillos de los lentes por arriba de sus cejas. Nos saludamos de beso en la mejilla y marchamos por la calle des Filles du Calvaire que conduce al museo Picasso. Al pasar por la calle de Poitou le señalé

la puerta verde donde yo vivía y le comenté que mis vecinos eran muy tranquilos, a excepción de una vecina de nombre Pascale, que vivía sola, con la que mi departamento compartía toda una pared y cuando llevaba a algún amigo o amiga a pasar la noche en su departamento, todos los habitantes del edificio nos enterábamos por las expresiones de placer que sin empacho soltaba esta morenita sensual a las tres de la madrugada o siete de la mañana. El comentario hizo reír de buena gana a María y me confirmó el humor que traía ese día. En el trayecto María intentaba dar una impresión de soltura y naturalidad, pero el atropellamiento en las expresiones y la torpeza en sus movimientos corporales manifestaban un nerviosismo que, al percibirlo, me invitaba a ser audaz. Al llegar al museo esperamos treinta minutos en una larga cola que llenamos con charlas sobre el impresionismo, el puntillismo, el muralismo y Dalí. Al entrar me atrajeron las curiosidades artísticas de Picasso, pero cuando comencé con sus pinturas sentí que las perspectivas del cubismo cansarían pronto mi astigmatismo. Y así fue, con la excepción de un cuadro de la etapa azul de Picasso que para mí sería muy diferente a los demás.

Todo se inició frente al Arlequín. Cuando llegamos a él, María se paró delante de mí para observar detenidamente la pintura mientras yo posaba mis manos sobre sus hombros. Ella fue reculando poco a poco hasta que su espalda quedó replegada a mi pecho. Mis brazos le entrelazaron su cintura. Le comenté alguna trivialidad al oído al mismo tiempo que acoplaba mi mejilla derecha a la izquierda de la suya, por atrás.

Ambos veíamos los trazos y colores del Arlequín intentando sentir el roce de nuestros cuerpos. En ese instante pensé que los impulsos siempre son mejores que los planes cuando de mujeres se trata. Y me aventé.

Al girarle su barbilla hacia mi cara, vi sus ojos saltones y sentí que estaba tiesa. Respondió a mi beso con una lengua nerviosa y a la vez desesperada. Después su mirada se vio cohibida ante la gente y jalándome de la mano me llevó a una esquina de la sala. Me paró frente a ella, tomó mis manos y las pasó por encima de sus hombros, luego me introdujo sus dedos en el pelo de mi nuca y me dio un beso de adolescente con sabor a deseo.

Nunca he creído que los besos en una pareja sean una entrega sino más bien el preludio de las ganas de poseer al otro. ¿Quién se acuerda de lo que vimos después del Arlequín? Si cuando nos llenamos los sentidos de satisfacción siempre nos olvidamos del resto, ¿quién supo que una española y un mexicano se dieron un beso? ¿Acaso cuando vemos una pareja besándose les pedimos su currículum? ¿Cuál de los dos tenía las mejillas más rojas o más brillante la mirada? En estas urbes ¿alguien recuerda los rostros que se cruzan frente a nosotros? ¿A qué hora salimos del museo Picasso? ¿De qué hablamos rumbo a la calle de

Poitou? No lo supe. Tal vez porque el caminar en este barrio de judíos, tomado de la mano de una mujer atractiva que no le daba pie a uno de voltear a ver a otra, era algo como pisar algodones en el aire.

Cuando entramos al departamento nos despojamos del calzado y de los suéteres. Al tiempo que María se sentaba en el piso, me introduje a la cocina para buscar en los huecos del refrigerador algo para cocinar.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando sentí los brazos de María que me tomaban por atrás a la altura de la cintura, mientras sus pechos y una mejilla se oprimían a mi espalda.

Tomé sus muñecas suavemente, abrí sus brazos y me volteé.

La empecé a despojar de su playera y de su sostén (el cual era más grande que aquello para lo que estaba destinado). Me puse en cuclillas hasta bajarle sus pantalones de mezclilla y como estaban tan entallados se vinieron con todo y bragas. El cuerpo de María era muy hermoso. De su piel blanquísima destacaban sus pechos cónicos (tipo Venus de Milo) armonizando en juego perfecto con su bello y alto cuello; su cintura se cerraba para abrirle provocativamente sus amplias y bien proporcionadas caderas, que terminaban en sus largas y contorneadas piernas. A María, en su cuerpo todo le combinaba con todo. Cuando se observa el cuerpo femenino antes del deseo satisfecho se pueden decir las cosas más hermosas de él con el lenguaje más sofisticado. Pero no era sólo su figura lo que yo apreciaba en ese momento, sino el que María mostraba una inmensa ternura intentando cubrirse el pubis con su mano izquierda y lo que pudiese de sus pechos con la derecha; pero lo más sensual era mirar su rostro, el cual no miraba de frente ni a los ojos, sino de lado y al piso, no como deseando salir corriendo de ahí, porque estaba bien plantada, sino mostrando ese temor y a la vez desdén virginal de que ya estoy aquí, ya me decidí, ahora decídelo tú.

Luego nos envolvió el silencio más antiguo que rodea la mirada de los amantes y empezamos a besarnos por los labios, los cuellos y las orejas, lo suficiente para incitarle temblores en sus piernas y en sus párpados. Las cocinas nunca se han caracterizado por su romanticismo, pero en esos momentos los sartenes, el bóiler, el fregadero y la tarde en el barrio de *Le Marais* se me hacían tan estimulantes que deseaba hacerle el amor ahí, sentándola en la estufa y concluir nuestros agitados alientos.

De pronto María pareció olvidar la excitación y soltó:

—¡Nunca lo he hecho!

—Yo tampoco —contesté bromeando y entrecortado.

Respingó y dijo:

—¡Oye!, ¡es verdad!: ¡nunca lo he hecho! ¡Nunca

lo he…! ¡Nunca…!

Nunca discutas con una mujer porque la puedes poner a pensar, decía con malicia y en broma mi abuela Mercedes. Y quizá había algo de cierto en
ello. Poco a poco giramos hacia la sala y nos recostamos frente al viejo sofá rosa. Continué acariciando a María y mis besos fueron el mejor sellador para sus protestas, pues María dejó de negarse a sí misma.

Cuando el organismo de una mujer le pide ser desvirgada, puede soportar más el dolor por la resignación a la que se sometió en aras del deseo. Desde el principio, María aguantó firme mi acometida que la desfloró, pero al penetrarla gritó tan fuerte que temí que mis vecinas se ocuparan de llamar a los heroicos bomberos franceses, que me imagino son los únicos en el mundo en acudir a llamadas de auxilio tan simples como el olvido de una llave dentro de un estudio. Por fortuna, nadie llegó a interrumpir y los dos empezamos a disfrutarlo rápido.

Compartir la virginidad con una mujer que se entrega es uno de esos momentos en la vida que no se pueden guardar en un diario o en un álbum sino únicamente en los más íntimos recuerdos.

Pienso que fue hermoso porque pasó aprisa. Y digo esto por lo que comúnmente sufre una mujer cuando la desvirgan. Para María, esa tarde de Poitou fue más que la entrega de su virginidad. En los quejidos de dolor y sus hilillos de sangre dejó los tabúes, sueños, deseos, angustias, insomnios y mentiras. La verdad estaba ahí.

Ni esa vez ni nunca tuvimos las prisas de los amantes ocultos. Nuestro relajamiento provenía de su satisfacción de empezar a ser mujer y del fortalecimiento de mi orgullo de ser hombre. La ley de lo ocasional parece regir el destino de las mujeres: sus casos y sus momentos lo deciden todo.

María era bella. Pero no de esas bellezas que torturan por su indiferencia, insolencia y desprecio. No. María atraía por su temperamento. Las convulsiones involuntarias de su cuerpo y las tantas ganas con que incubaba al más alto símbolo de la masculinidad le deban un grado elevado de deleite natural.

Jamás entendí cómo una mirada de amodorramiento y unas mejillas pariendo una sonrisa pudiesen clavarse tanto en el corazón de un hombre.

Fueron muchos los motivos que provocaron que me enamorara de ella. Muchas también fueron las razones por las cuales debí abandonar la relación a tiempo. Pero hay veces en que el amor atraganta, como si se nos fuera la vida al quererlo de golpe todo. Y es que el amor no se

traga. Sólo se encaja.

Permanecimos mirándonos con los párpados caídos mientras reconocíamos nuestros cuerpos.

Los olores, vellos, ombligos, venas y lunares eran como pequeños descubrimientos en el territorio que acabábamos de poseer. La pareja apacigua sus instintos más silvestres de tal forma que el de la supervivencia pasa a ser mero reflejo, porque no hay mayor indiferencia que la languidez de un cuerpo provocado por un orgasmo. En esos momentos, aunque sean unas milésimas de segundo, quizá existe en la mente de los humanos la nada.

La juventud y la abstinencia sexual son dos deseos difíciles de controlar. María tenía el primero y a partir de ese día dejó de tener el segundo. Desde entonces las ganas en María comenzaron a rebasarla. Probar a ser mujer en un organismo exigente es un gusto que puede llevar al desenfreno en un intento por recuperar el tiempo perdido. Pero esa tarde yo no estaba para psicoanalizar, ni ella para ser examinada. Empezamos a sentirnos vivos y ella cambió. De virgen torpe pasó a jugar con uñas y lengua y a aplicarlas con maestría sobre mi cuerpo de tal forma que estaba más concentrada en lo que ella me hacía que en las caricias que yo le brindaba.

No hay que ser muy diestro en la cama para percatarse de cuándo una mujer da lo que le piden y hace lo que le gusta. Creo que María estaba marcada por la pasión para satisfacer al macho.

Esa segunda vez su mirada destellaba lujuria y ganas de lastimar y lastimarse con los fuertes vaivenes de su coxis. Sus gestos fueron muy sensibles en su rostro sonrosado, su pelo sudoroso pegado a los bordes de su cara le daba un aspecto salvaje y sensual; en cada acometida, su quijada se crispaba por el pliegue de sus dientes que dejaba ver de vez en vez. La situación dio tal giro que parecía que me entregaba la alternativa y yo de novillero pasaba a ser espada debutante. ¿Quién es mujer que no sepa pronto cómo serlo?

Después de nuestros espasmos sentí que tuve a una parte de España bajo mi vientre y que acariciaba lo conquistado. Luego reparé: ¿quién tuvo a quién?

Nos dormimos desnudos y abrazados hasta que me despertaron los ruidos que venían de afuera. Pascale, mi vecina, estaba introduciendo la llave en la puerta de su departamento. Miré mi reloj: eran las nueve de la noche. Sentí hambre y me dirigí a la cocina. Al llegar observé cómo los ingredientes del platillo mexicano habían quedado fuera del refrigerador y aproveché para guardarlos de nuevo. Me serví un cereal con leche que terminé de pie y al instante me asomé a la sala y vi a María que se revolvió en la alfombra sin despertar, poniéndose en

posición fetal; pero al no reaccionar, tampoco insistí, al tiempo que fui a la recamara por el colchón de hule espuma, almohadas y cobertores.

Al regresar y verla profundamente dormida pensé que había iniciado algo que tarde o temprano acabaría, ya sea con su regreso a España o con mi retorno a México. Al momento que somnolienta se subía al colchón y le cubría su cuerpo, sonreí al recordar que la había invitado a comer un platillo mexicano y ni del apetito hablamos. Luego me fui quedando dormido y al final de mi conciencia seguía viendo sus violentas embestidas.

Amaneció en domingo y como todos los de mi calendario, ése también quise por costumbre ver que levantara el día. Pero María no me lo permitió. Cuando una mujer satisface su cuerpo no sé de dónde le surgen energías para disfrutar la gente y el día y como que de pronto quiere transmitir de alguna forma su felicidad fuera de casa. ¿Quién le niega el goce a quien se entrega?

Esa mañana María sugirió ir a Versalles y hacia allá nos dirigimos. Ella se transformaba con la luz solar. Como si la naturaleza le inyectara más vida. Su sonrisa era viva y nueva. Su carácter era otro. Daba vueltas y bailoteaba como una chiquilla alrededor del padre deseosa que la mime y cuide. Ese día comenzó a ser mujer y empezó a vivir a plenitud. Cuando pisaba las veredas versallescas y aspiraba el oxígeno inflando sus fosas nasales, dejando caer sus párpados y levantaba sus hombros como llenando su pecho, exclamaba:

—Qué bueno que pasó la moda de los corsés, con ellos no podría disfrutar estos momentos.

No hubo fotografía que yo tomara en todo el verano en que no sonriera. No sé por qué, pero María disfrutaba siempre apagar el ruido sonoro de sus carcajadas con un beso. Era tan obvio el relajamiento que reflejábamos que jamás pudimos falsear una apariencia.

Veníamos de respirar nuestros humores sin fastidio y aún estábamos impregnados de deseo. El haber entregado nuestros cuerpos la noche anterior no lograba evitar el sudor en nuestras manos. A pesar de ello, siempre íbamos tomados de ellas. Ese día, en Versalles, nos sentamos a la orilla de la fuente de Neptuno y dijo:

—¿Sabes?, nunca he anhelado riquezas, pero cuando veo toda esta magnificencia deseo por momentos ser rica. Creo que el dinero no te lo da todo, pero cuando no lo tienes, sientes que con él lo tendrías. Tal vez sea una tonta al pensar que un día posea un marido, hijos y viva en un departamento modesto; sin embargo, créeme, con eso sería muy feliz. Como ves, la ambición no es una de mis virtudes…

La autenticidad en María era única. Hablaba con certidumbre de la vida, la cultura, la música, la pintura y, en especial, de la historia de la realeza europea. Su conversación me

dejaba absorto. Pero sobre todo, con una sencillez y con un halo de indiferencia que, al mirar mis gestos de sorpresa por su amplia cultura, exclamaba:

—¡Jolín!, ¡que eso lo he leído en muchos libros! ¡Y no por ser joven soy una ignorante!

Sin darnos cuenta, me sedujo por los oídos y ambos nos prendimos uno del otro. Ese domingo de julio de 1986 fue el más intenso parteaguas en mi relación con María. Luego habría otros…

Iniciaba la novena semana de estancia en París y la segunda de julio de 1986. Ambos comenzamos a vivir como se debería vivir siempre: con muchas risas y mucho amor. Estábamos locos por París, por nosotros y por la vida. Las mañanas, los días, las tardes, las noches y las madrugadas parecían provenir no de uno sino de varios sueños. Tanta felicidad... y es que la felicidad sólo existe cuando la compartes... Era hermoso escuchar a María tocar el saxofón por las tardes en mi departamento y cómo se le inflaban sus cachetes en aras de una melodía, cuando cerraba y abría sus ojos verdes que se achicaban de vez en vez, intentando dar la nota musical adecuada, y siempre sentada en posición de flor de loto sobre la alfombra. Nunca la vi tocar el saxofón de pie o sentada en alguna silla u otra cosa que no fuera en el piso e invariablemente en medio de la sala.

Ella comentaba que en realidad siempre deseó tocar el violonchelo, porque consideraba que era el instrumento musical más sensual y erótico. Decía, olvídate del oboe y la flauta, eso lo piensan ustedes los hombres por sus propias fantasías. Me gustaría tocar el *cello*, porque al hacerlo sientes como si abrazaras una figura humana; también, porque al tocarlo lo metes entre tus piernas y necesitas abrirlas para maniobrarlo; una vez que te lo acomodas como debe ser, empiezas a sentir sus vibraciones musicales que te llegan a esa parte hueca femenina que está entre tus piernas y ahí te retumba el sonido de sus cuerdas, las cuales dan la tonalidad de la voz humana y, te confieso, Sebastián, cada vez que lo oigo deseo abrir las piernas…

Había tanto de qué hablar, tanto que ver y tanto que sentir, que la televisión nunca nos atrapó. Nos íbamos a caminar, salíamos intentando darle sustento a nuestras vidas.

Recorrimos el museo Rodin, el Jeu de Pomme, el Louvre, el parque Boulogne, Versalles, Chantilly, el Sena, Trocadero, la torre Eiffel, Saint Germain, Champs Elysees, Saint Michel, ¿cuántas veces los mismos lugares? y sin embargo, cuántas veces los vimos diferentes.

Cuando caminábamos por París siempre descubríamos algo nuevo. Ése es uno de los muchos sortilegios parisinos, frente a una infinidad de edificios, una plaza, una historia, una época. Siempre tuvimos qué ver en París. Nunca dejamos de admirarlo y redescubrir rincones que nos sabían a España o a México.

Cuando nos cansábamos de las hordas de turistas veraniegos que se apoderaban de la ciudad, optábamos por hacer caminito por la calle des Archives hasta doblar a la derecha en Pastourelle que era la que nos llevaba a la callecita de Poitou. Ahí pasamos hermosas veladas calentando lentejas, mordiendo una baguette con jamón y queso y tomando de vez en vez un blanc des blancs.

Entre semana, ella se quedaba en casa los martes y los jueves; amanecíamos los miércoles, viernes, sábados, domingos…, y los lunes ella partía temprano a su trabajo de *fille au pair*. Ambos fuimos haciendo de nuestra relación una pirámide de afectos delicados y valiosos, porque la relación dependió siempre de unas horas medidas y de una entrega completa.

Pero llegó el otoño

El cambio

Las paredes de mi departamento se fueron empapando de alegría y de deseo desde que María pisó su suelo. El guardarropa se amplió con sus prendas, el baño se decoró con nuevos frascos de champú, cremas y cepillos.

Las sábanas y las almohadas fueron mezclando nuestras grasas corporales. Afuera las aceras de París comenzaron a llenarse de hojas secas. Las mañanas empezaron a hacerse grises y el ambiente de la ciudad parecía ser el preludio de mi relación con María.

Después de un orgasmo nos poníamos meditabundos; veíamos nuestros ojos y nos preguntábamos qué pensaban nuestras mentes. Cierta ocasión yo la increpé y ella mirándose su vientre desnudo respondió:

—En mi cuerpo. Mira mi entrepierna, creo es una pequeña estría… —y dijo:— ¿Cuánto dura la belleza de una mujer? Es increíble cómo mina el tiempo la bella juventud.

Y pasándose las yemas de sus dedos por los alrededores de su ombligo, se preguntaba a sí misma:

¿Qué pasará con esta tersura cuando tenga familia? Como si los hijos se fueran comiendo parte de tu vida... ¿sabes? El cuerpo de una mujer es su mayor secreto; si una no lo tiene bello, se apena y se frustra ante su más cercano espejo. Aun las mujeres con cara, brazos y piernas bonitas, cargan con sus flácidos senos, estrías, vaginas tasajeadas por abortos, várices, celulitis, flujos malolientes, vellos en el pecho, obesidad y humores picantes del cuerpo, como si al esmerarte en tu arreglo y en tu ropa escondieras las pesadas cargas que llevas contigo cuando la juventud empieza a abandonarte.

Luego me preguntaba a mí mismo cómo una joven podía ser tan cruda con su propia feminidad. Ella no miraba con sus ojos verdes. Ella todo lo sentía a través de sus pupilas. Con el paso de los meses, los tejidos musculares del cuerpo de María se fueron relajando, como un reflejo de las tantas ganas de ser mujer.

Quizá porque siempre nos ganaron las sonrisas nos dejamos muchas arrugas en el alma. Ella por su temperamento y yo por mi sensibilidad. Cada noche tallábamos tanto los sentimientos, que bastaba una breve charla para empalmar nuestros sueños y pesares. Cada mañana que amanecimos, al despertar y volvernos a abrazar, tragábamos inconscientemente tanta saliva que barríamos de nuestras bocas los amargos sabores de la noche para darnos los besos más dulces. Siempre acariciábamos las horas como ancianos pasajeros del día que se escapaba.

María me fue enseñando a no olvidarla. Pienso que yo empecé a lastimarla y la fui orillando a todo. Fue en octubre cuando descubrió el recado de Pascale.

Fue terrible.

Cuando los amantes se violentan, sus enojos parecen convulsiones de odio orgásmicas contenidas que afloran de repente, y es que se conocen tanto que se pueden decir todo. Ese día María y yo empezamos a cambiar.

Todo empezó a cambiar.

Pascale, mi vecina, trabajaba de secretaria en el Banco Nacional de París. Tuvimos un solo *affaire* y ya no hubo otro porque su novio regresó a vivir con ella. El recado decía que nunca olvidaría la noche que pasamos juntos en mi departamento y que ya no nos veríamos en el futuro por lo de su pareja. A María no le importó la despedida de Pascale, sino la fecha del recado; porque ella y yo teníamos tiempo de acostarnos, de tal forma que lo de Pascale fue al mismo tiempo. María gritó, se alejó y maldijo. En una palabra: se encabronó. Hizo una escena de furia y se fue, la seguí y acompañé hasta la estación Filles du Calvaire y pude convencerla de que regresara al departamento. Eran las once de la noche. Luego me arrepentí de haberla regresado. Estaba fuera de sí y su principal deseo era lastimar.

Lo logró.

—¿Acaso no sabes que las mujeres fantaseamos más que ustedes los hombres? Nosotras también nos imaginamos que somos fatales y conquistadoras, yo he soñado a veces ser prostituta; también he deseado hacerle el amor al novio de una amiga o llevarme a la cama a algún actor de cine. ¿Piensas que como mujer no tengo el derecho a sentir como una gata? Sabes que lo tengo, pero eso no me orilla a serte infiel. Cuando te conocí pensé que serías un buen candidato a desvirgarme. Lo fuiste.

De todas formas hubiera buscado otro. El hecho es que deseaba impacientemente dejar de ser virgen para disfrutar no de un hombre, sino de mi sexo. Para ustedes los hombres una virgen es como encontrar tierra en el ártico; poseer una los llena de orgullo y los hace sentirse satisfechos de ser hombres; para mí, poseer a un macho es satisfacer mis ansias, es llenar parte del deseo de conocer ampliamente los placeres del sexo, es sentir el erotismo de poder guardar dentro de mí un pene hoy y mañana otro diferente.

Y seguía:

—Yo también requiero tranquilidad en mi cuerpo, por eso tengo mis manos y cuando me baño puedo purificar mis genitales al mismo tiempo que los gozo. Los hombres, ¿qué son los hombres? Un atajo de machos que producen hijos en el afán de no perder la cadena

biológica…

¿Cómo puede lastimar tanto el lenguaje? Cuando le salían de su boca esos sonidos, me imaginaba la perfección de su maquinaria orgánica trabajando sin tropiezo para expresar su sentimiento femenino. No hay mayor odio que el producido por una ira uterina. Por eso el rencor de los amantes llega hasta el homicidio.

Hay explicaciones que por más racionales que puedan parecer, no logran cambiar el resultado de las cosas. Y cuando se trata de una relación sentimental, el daño no sólo está hecho, sino siempre estará ahí.

Al restregarme su lastimero discurso, me sentí como un pobre imbécil al que agarran por el culo por pendejo, y cada una de sus frases era como una mentada de madre. Y las mentadas duelen tanto en México como en el extranjero. María volvió a insistir en su deseo de no pasar la noche en mi casa, hasta que por fin amainó la discusión del tema.

Pasada la medianoche ninguno de los dos tuvo fuerzas para seguir hablando; María se dirigió sin despedirse a la recámara y yo me dispuse a tomar una copa de vino en la sala-comedor de mi departamento y empecé a recordar el *affaire Pascale*.

Yo vivía en un *deux chambres*, como le dicen en París a una casa habitación más grande que un estudio, es decir, en lugar de tener un cuarto (estudio) donde cabe todo, contaba con mi recámara, baño, cocina y sala-comedor. La pared de mi sala comedor era compartida con todo el largo del estudio de Pascale. Las puertas de entrada de ambos departamentos hacían esquina en el descanso del tercer piso de la escalera de caracol del edificio de Poitou. De tal forma que Pascale y yo siempre oíamos cuando salíamos o llegábamos a nuestros respectivos hogares. Esas semanas que Pascale vivió sola porque se disgustó con su novio, nos encontramos diversas ocasiones en la entrada del edificio, en las escaleras o en nuestras puertas principales, ya sea ella abriendo su puerta o yo cerrando la mía.

Una de esas veces me comentó que le habían regalado una botella de tequila de México y que quería saber si era bueno o no y que me lo quería mostrar. No hay que ser muy suspicaz para darse cuenta de que lo que Pascale quería era todo menos mostrarme el tequila. Y yo lo que menos tenía era ser un catador de alcoholes.

Todo empezó una vez que nos topamos y me invitó a pasar a su estudio; me sentó en una cosa que quería parecerse a un sofá, el cual estaba frente a su colchón que yacía directamente sobre su alfombra. Arriba de él corría un tubo del que colgaba todo su guardarropa y topaba con la pared del baño. Me acerqué a su buró y tomé un álbum de fotos. Al comenzar a hojearlo y preguntarle de los lugares y las personas que aparecían ahí, se me juntó a mi lado izquierdo

y pegando su sien a la mía comenzamos a ver su vida fotográfica. Un momento después, sin dejar de hablarme sobre su trabajo y París, Pascale se puso de pie y me sirvió algo de tomar. (Nadie recordó el tequila.) Acto seguido fue a sentarse a su colchón en una posición de flor de loto y su vestidito amarillo nunca le logró ocultar el color beige de sus pantaletas. Dijimos salud dos o tres veces y comencé a sentir mis mejillas calientes. Me acerqué a ella y al intentar pasar mi brazo sobre sus hombros para concretar algo más que la simple "cachondería" se puso de pie y me dijo muy seria que ese día no podíamos *faire l´amour* porque eran sus días difíciles; por un segundo me pregunté, ¿por qué entonces una mujer en estos "tiempos difíciles" te coquetea tanto? Al querer responderme, ni contestarme quise, y resignadamente opté por hablar de México, de sus playas y de su clima. Luego, de su belleza morena que cualquier mujer envidiaría. Y nada más.

Habían transcurrido quizá diez días cuando una noche sonó el timbre de mi departamento. Serían como las once. Era Pascale. Portaba una bata que rozaba el suelo, brillosa, de color blanco y rodeándola sin oprimirle su vientre, un cinturón que mostraba el camisón también blanco de holancitos cortísimo y sobre todo transparentísimo. La muy desvelada morena fue a pedirme azúcar con una voz que le temblaba más que su azucarera en los dedos de su mano. ¿Y qué hacer cuando uno está solo e inquieto y una mujer desea que le hagan lo que quiere? Muy sencillo: hacérselo. Esa noche le hice todo lo que quiso. Y más. A la semana siguiente recogí el recado que Pascale metió por debajo de mi puerta donde me avisaba que regresaba su novio a vivir con ella. Mi error fue dejarlo en una de las repisas del librero.

No sé a qué hora fui a la cama con María.

Cuando llegué al lecho, ella estaba boca arriba completamente dormida, vestida y sin un zapato… No me atreví a desvestirla.

Cuando desperté a la mañana siguiente ella se había marchado. Comencé a sentir una opresión en el pecho que me duró todo el día y por la noche, al estar en casa, comprendí el significado de la palabra congoja. Y es que el delito que te recriminan es mayor cuando te das cuenta del gran afecto que sientes por la persona a la que dañaste.

Continué con mi trabajo en la embajada y les dediqué más tiempo a las clases de francés. Seguí viendo a Raymundo y Anne Marie, quien en dos o tres ocasiones invitó a una amiga suya de nombre Andrea para salir los cuatro e intentar olvidarme de María. Fue en vano. Andrea y yo no pasamos de vernos esas ocasiones. Ni yo la motivé a que me llamara, ni ella a mí para hacer lo mismo.

Durante cuatro días llamé diario a María y las cuatro veces me contestó que no podía verme porque tenía cosas que hacer. Sus evasivas empezaron a desesperarme. A cada invitación que

yo le hacia para ir al cine, a cenar o que viniera a mi departamento, respondía con que ya había hecho un compromiso anterior con algún amigo o amiga. Dos días después de mi cuarta llamada ella me habló y me dijo que quería verme aunque fuera unos minutos. Ya no la sentí tensa o molesta en el tono de su voz, como en los días pasados, inclusive la escuché alegre. Quedamos de vernos en los jardines de Luxemburgo en la esquina de Saint Michel y Comte a las seis de la tarde.

María llegó muy puntual a la cita. De entrada, me dijo que podía estar conmigo sólo una hora y media, ya que tenía otra cita a las ocho; me lo comentó en un tono muy informal, como si nuestra costumbre fuera vernos una hora y despedirnos.

Estaba alegre. Propuso que camináramos por los jardines y luego sugirió sentarnos en una banca. Ninguno tocó el tema del conflicto de los días pasados. Me dio dos o tres besos ligeros en los labios, sin ningún apasionamiento y siempre con una sonrisa en la boca. Estuvimos hablando de todo y de nada y al final la inquirí sobre su cita: me soltó muy seria y mirándome a los ojos me dijo que vería a un amigo. Me empecé a sentir incómodo y luego con una mirada fingida de inocencia dijo:

—¿No vas a estar celoso, verdad?

Yo le contesté que si su intención era lastimarme, ya lo estaba logrando. A lo que ella replicó muy seriamente:

—No, Sebastián, nunca podría lastimarte lo que tú me lastimaste a mí —se sonrió nuevamente y me dijo— *au revoir*.

Se dio media vuelta y se fue. Luego volteó y me gritó:

—¡Te encargo mucho el saxofón!

Al perderse mi mirada en su espalda experimenté un inmenso vacío y de pronto sentí mi cuerpo tan flojo como si me hubieran dado un extraordinario masaje o una muy buena paliza…

Las semanas siguientes se fueron corriendo entre eventos culturales de la embajada, mis clases y lecturas. Sin embargo, los días fueron haciéndose largos y tediosos. María dejó de ir a la Alianza y yo opté por cambiarme a otra escuela más cerca de mi trabajo en la embajada. Luego, sólo esperaba las tardes o las noches para poder hablar telefónicamente con María. Esos momentos eran los únicos que disfrutaba con una especial tensión, deseo y alegría.

Ella no me permitía verla. Los dos fuimos comprendiendo que la relación se estaba enfermando y nosotros igual. Ninguno tuvo la valentía de reconocerlo cuando debimos

hacerlo.

Las charlas con María se fueron haciendo un miserable consuelo, y pronto empecé a sufrir sus aventuras. Comencé a darme lástima. El daño era irreversible. Ambos estábamos atados por una relación sadomasoquista que nos invitaba a recorrer territorios con rumbos desconocidos.

Las conversaciones telefónicas se fueron dando sin reproches de parte de ella y ninguna súplica de parte mía. Hablábamos como dos viejos y buenos amigos.

Comenzó a decirme de sus nuevas amistades, de las bebidas que había probado, de sus desveladas, de los nuevos barrios, de las decoraciones de las casas y departamentos que acababa de conocer. Toda fiesta o reunión era nuevo para María. Era común escuchar de su boca que la última noche se había quedado a dormir con alguien. Pero cuando su lenguaje rozaba los linderos de las relaciones sexuales grupales y las drogas, ahí se detenía y daba otro giro a la conversación.

Continuamos sobreviviendo penosamente a través del teléfono. Yo por la extraordinaria narrativa de sus estados anímicos y ella por el sadismo morboso de lastimarme. Estábamos a minutos de distancia, pero ya ninguno proponía el vernos.

Había días en que hablaba con una euforia envidiable, luego con una tristeza casi rondando el llanto. En otras ocasiones era cortante, altanera, agresiva y confusa; y enseguida me acariciaba con su voz. Nuestro trastorno provenía de lacerar y autolacerarnos. Ese sufrimiento dichoso era lo que provocaba que continuáramos esa relación estúpida por la vía de la novedosa fibra óptica del teléfono.

Mi estado anímico no era muy alegre y me refugiaba yendo al cine, visitando el “café Pacífico” en Montparnasse, donde me distraía tomando una cerveza mexicana y escuchando música de mi país. Aunado a eso, siempre encontraba a alguien con quien conversar, y con algo de suerte, aparecía algún paisano recién llegado con noticias de México.

Mi rutina profesional continuó en la embajada y ya sólo asistía tres veces por semana a estudiar francés.

Eran los últimos días de noviembre cuando una madrugada me llamó por teléfono. La escuché muy alterada. Desperté por completo cuando me pidió venir a mi departamento. Hacía un par de meses que no la veía. Llegó como una hora después.

Cuando le abrí la puerta se abalanzó para abrazarme y así se quedó durante unos segundos. Luego, cuando se zafó de mis brazos me soltó muy seria:

—¡Eres un desgraciado! ¡Tú tienes la culpa de todo lo que me pasa!

Al mismo tiempo se dirigió al viejo sofá para sentarse y quitarse su chamarra.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Su respuesta fue a gritos:

—¿Que qué me pasa? ¿Me preguntas qué me pasa? ¡No te das cuenta que me estoy volviendo loca y tengo miedo de mí misma y tú sólo me preguntas qué me pasa!

Luego soltó el llanto y enjugándose sus lágrimas fue a encerrarse en el baño.

Fui a la cocina y preparé dos tazas de té. La esperé casi treinta minutos. Cuando salió la vi más tranquila, sin lágrimas y más blanca del rostro. Estaba cabizbaja. La noté más delgada y con unas ojeras muy marcadas. Hablamos otra hora; de los amigos, de lo que habíamos realizado los últimos días, de su regreso a Barcelona, de mi estado de ánimo, de mi regreso a México. Ya no le pregunté más. Ella tampoco volvió al tema. Fuimos a la cama y por vez primera, María pidió que no encendiera las luces. Me dijo que estaba muy cansada y optamos por dormirnos. Tardé otra media hora para conciliar el sueño. Pensé que lo que la estaba atormentando no era sólo la relación conmigo. Tenía a María a mi lado y no podía tocarla como antes. Algo no estaba bien.

Desperté muy temprano. Con el frío, mi vejiga duerme menos y viene siendo mi despertador portátil. Al regresar del baño María se volvió dando su espalda a mi lado y cuando moví los cobertores para meterme bajo de ellos pude observar parte de una de sus nalgas y me llamó la atención las marcas que tenía en esa parte del cuerpo. Algo me asaltó en mi mente y al meterme en el colchón, premeditadamente somnoliento hice un movimiento con mi rodilla para subir las colchas y provocar que entrara más luz para ver mejor las líneas rojas en sus posaderas. Ella se revolvió y jalando inconscientemente todas las cobijas hacia abajo se tapó y se acurrucó. Yo había visto suficiente.

Desayunamos en casa y María estuvo más animosa. Se despidió con un beso y una sonrisa. Quedó de regresar a casa por la noche. La esperé despierto hasta la medianoche. No llegó. Pero tampoco me extrañó que no llamara o llegara. Ella quería su libertad y yo me aguantaba para no coartársela.

El día siguiente era viernes y me entusiasmó la idea de que María y yo pudiésemos pasar ese fin de semana juntos. Al regresar del trabajo fui al mercado de la calle de Bretagne y compré todo lo que pudiese faltar. No hay nada como estar motivado por alguien para amar la vida. María me movía a eso. A intentar disfrutar la vida.

Llamó como a las siete y media y dijo que fuéramos a algún cine de Champs Elysees y camináramos por ahí. Acepté y nos vimos afuera del metro George V. Volví a sentirme como en un principio y creo que ella también. Disfrutamos la noche y terminamos en el *pub* London. Nos alcoholizamos y nos alegramos mucho. Salimos y tomamos un taxi que nos llevó a casa de madrugada. Cuando llegamos y subíamos las escaleras, María comenzó a decirme con su aliento etílico:

—Me has hecho mucho daño, ¿sabes? He buscado lastimarte con mi ausencia y con mis evasivas para vernos. Has de imaginarte y te lo he dicho muchas veces que he hecho el amor con muchos hombres. Eso es muy *cierto.*… unos han sido guapos.

Otros no tanto… y también ha habido hasta uno de color y ¿para qué? Te he odiado al principio de cada acto sexual y te he maldecido al final de él.

Sin embargo, después de cada relación, al quedarme sola, siempre termino pensando en ti. Y ve lo estúpidas que somos las mujeres, después de que me has hecho mucho daño, de todas formas sufro por venir, sufro por contarte esto y, además, sufro también por no verte…

Cuando concluyó, estaba yo abriendo la puerta cuando se recargó en mí y se desvaneció en mis brazos. La cargué y la llevé a la cama. Cuando la acosté me jaló para besarme e hicimos el amor a oscuras y me dejé llevar por la desgraciada y seductora entrega de María. Para entonces, yo ya no tenía remedio. Ella tampoco. En las relaciones sentimentales sólo los interesados saben el costal de pasiones que cargan…

María volvió a ambientar el departamento de la calle de Poitou con la música de su saxofón. Cuando la mujer que amas posee alguna virtud musical el placer se duplica.

El reencuentro con María se fue fortaleciendo nuevamente a través de la cama y poco a poco empezamos a sentir más relajamiento en nuestras charlas y las confidencias fueron regresando a nuestros labios. Nunca le pregunté el porqué de sus posaderas lastimadas. Ni ella me lo dijo en esos días. Opté por aguantar mi curiosidad. Nadie se disculpó por los pasados agravios y ambos empezamos a creer que podíamos ser el uno para el otro.

Cuando las pasiones dominan todos tus sentidos sientes cómo cada día vas cayendo en los comportamientos más cínicos e individualistas. No te interesa el mundo de los demás, vives sólo para ti. Era curioso, fueron varios los momentos en que sentí la urgencia de concluir mi relación con María, pero sólo recordar su manera de entregarse hacía que el que se doblegara fuera yo. Intentaba racionalizar lo que estábamos viviendo, pero no podía.

Creo que cuando te gana la bestialidad sexual, tus neuronas son unos huéspedes que no pagan renta…

Creo que a todos nos toca y nos gusta disfrutar algún tiempo nuestra cotidianidad y cuando lo haces nunca te preguntas al día siguiente ¿por qué? Creo que lo más hermoso de la vida es esa sensación pura de dejarla ir sola. Los métodos, los horarios, los compromisos profesionales, la informática, los relojes, las reglas sociales, los compañeros de trabajo, la familia, todo te ordena tanto que terminas siendo un pobre ratón en tu ratonera.

Quizá esto sea también una de mis otras excusas de haber vivido lo que viví con María.

Uno de esos días, mientras me bañaba, María dijo que iba al mercado a realizar unas compras. Cuando salí del baño fui a la recámara y vi su bolsa abierta que enseñaba un pequeño libro de pastas rojas con grecas doradas en su entorno. Mi curiosidad insana me llevó a hurgar en él y no supe cuánto tiempo pasé leyendo ensimismado esa especie de diario. Hasta que se escuchó el gozne de la cerradura anunciando que ella regresaba. Quizá mi memoria no transcriba textualmente lo que leí esa única ocasión, pero creo que fueron seis o siete días de su vida en París.

Recuerdo que decía:

Yo no era así. Creo que los hombres me han hecho. Hay veces que los odio y otras me siento como nada. Me gustaría encontrar a alguien como papá. Creo que él sí es un hombre completo. Anoche lloré mucho y no supe por qué. En estos días me debe de bajar. ¡Ay Dios! Cómo recuerdo a la gitana que me leyó las cartas y dijo que me casaría embarazada. Lo abortaría, estoy segura. No sé, puede ser bonito el ser madre.

Hoy estuve en el estudio de Ahmed. Quiso hacerme el amor pero no sentí deseos. Tenía mucho sueño y estaba cansada. Luego me dieron ganas de hacerlo cuando vi su pantalón abultado pero me contuve y lo disfruté de tan sólo mirarlo excitado con su miembro alborotado que hasta me imaginé estaría a punto de reventársele. Me gusta dejar a un hombre con su dolor de testículos frustrados. Creo que todos estamos un poco enfermos de maldad.

París es una ciudad para vivirla no para venir a trabajar en ella. Esta ocupación de fille au pair *me tiene harta.*

Disfruto estar con él, lo siento tan mío cuando lo tengo. ¿Cómo será la vida en América? Latinos, latinos, latinos. Él dice que el "feeling azteca" *hierra de por vida el alma. Que la ternura latina es una temperatura de sentimientos que difícilmente podrá alcanzar un europeo por su propia condición. Me encanta porque le sale el amor y el orgullo de su tierra por la boca.*

François, el hijo de madame Hélène, es un chico listo. Hoy me sorprendió dándome una respuesta no propia de su edad. Si algún día tengo un hijo desearía que se me pareciese y

tuviese los ojos verdes como yo. ¡Hablaría catalán, ¡claro! ¿Qué estarán haciendo mis padres en Barcelona? Tengo ganas de verlos. ¿Tendrá novia Ricardo? ¿Verónica será virgen aún? Cómo deseo estar en Barcelona.

¿Por qué los hombres sois tan bestias?

¿Por qué las mujeres somos tan débiles?

¡Oh, qué injusta y tajante es la maldita naturaleza!

Cuando cerré el libro y fui a la sala a su encuentro, al ver el rostro sonriente y sus hermosos ojos verdes pensé que no era así y que yo había contribuido a hacerla así.

Yo también estaba un poco enfermo de maldad. Se acercaba nochebuena y nos despedimos en uno de los cafés que están frente a la fuente de Saint Michel. Ella comentó que se iría con sus patrones a un lugar del sur de Francia a pasar la navidad y el año nuevo. Yo tenía programado ir a Chamonix con una docena de amigos mexicanos que también tenían el plan de pasar allá esos días. Después de hablar de todos los planes decembrinos, por un momento ambos nos quedamos callados y luego ella rompió el silencio:

—Oye, Sebastián, quisiera contarte algo que traigo aquí adentro—y se tocó el pecho— pero no me había atrevido, y hoy siento ganas de decírtelo...

—agregó.

Asentí con la cabeza y María inició su relato en tono coloquial:

—Cuando fui a tu departamento el mes pasado, la noche anterior había asistido a una fiesta en la casa de mi amigo Antoine, al menos así lo consideraba, creo que te he hablado de él, estudia en la Sorbona y hemos intimado… —María se detuvo queriendo hurgar en mi rostro alguna reacción, al ver mis ojos sin sorpresa, continuó— y te decía—siguió con un dejo de susurro— me invitó a una reunión y se me hizo de lo más normal ir, ya que me había quedado varias ocasiones en su casa… la reunión se desarrolló muy a gusto. Habíamos como una docena de personas. Más noche, poco a poco la mayoría se fue despidiendo, hasta que quedamos Antoine, un amigo de él mucho mayor que nosotros y yo. Continuamos charlando y tomando, creo que es la vez que más he bebido. Antoine comenzó a dormirse en la sala y yo le dije que nos fuéramos a su recámara. Dijo que sí, pero que antes iría al baño, luego ya no recuerdo si regresó, y si lo hizo no me di cuenta. Enseguida, creo, continué conversando con su amigo Charles —así se llama—, y de pronto me sentí cargada en vilo sobre la cama de Antoine. Te juro que no recuerdo nada más.

María sorbió su café con mucha tranquilidad y tomando aire al tiempo que achicaba los ojos,

dijo:

—Por la mañana amanecí en la cama completamente desnuda en medio de Antoine y Charles.

Estaban muy dormidos. Cuando me incorporé vi en el suelo un fuete de cuero, un consolador enorme, lubricante vaginal en el buró y sogas de cuero en las esquinas de la cabecera. Corrí nerviosa al baño y comencé a sentir un dolor terrible en mi ano y en mis nalgas. Tomé mi espejo y me miré. Me asustó sentirme tan lastimada. Luego observé mis muñecas y estaban algo marcadas. Ya ni del baño hice, me espantó el sólo pensar lo que me habían hecho y me di miedo de sólo imaginar que yo hubiera disfrutado todo aquello…

Volvió a tomar aire y su mirada se iba siguiendo a un transeúnte hasta que se perdía entre la multitud; regresaba su mirada y volvía a observar a otro, y agregó:

—Por eso corrí a verte ese día por la noche... tenía mucho miedo, Sebastián…

Cuando terminó la miré fijamente a sus ojos. Y pensé para mis adentros que María estaba descubriendo sus propios apetitos y estaba asustada de sí misma, pero en el fondo, lo inexplorado y los abismos que rozaba le atraían con un loco desenfreno hormonal que ella misma desconocía.

—¿Te gusta el dolor? —le pregunté.

—Claro que no —contestó tajante.

—Entonces, ¿qué crees que pasó esa noche?

—agregué.

—Te digo que no lo recuerdo, pero creo que Charles, el amigo de Antoine, me narcotizó en algún momento en que me distraje o cuando fui al tocador... creo que fue eso… todavía el idiota de Antoine me llamó para disculparse por lo que me hizo su amigo, y al mismo tiempo comentó que sólo observó y quería saber cuándo lo repetíamos porque dijo que esa noche estuve sensacional, ¡claro!, ¡no era su culo al que le pegaban! ¡El muy imbécil!

Además…, ¿sabes?, ya no quiero hablar más de ello —atajó molesta. Se puso roja y miró al cielo buscando algo.

Tenía razón. Una vez que concluía un tema nunca regresaba a él, pero en relación a lo otro, dudé mucho que pudiese cerrar el caso, más bien estaba registrando una nueva faceta en sus deseos sexuales y temía reconocer que aquella noche de los fuetazos y el dolor con el amigo de Antoine, le había gustado.

Su relato me aturdió tanto que no atiné a decir otra cosa más que banalidades. Esa tarde me quedó un muy amargo sabor de boca. Yo quise olvidar la ocasión en que vi las marcas rojas casi sanguinolentas que le cruzaban sus nalgas de lado a lado y por eso su narración me causó dolor y rencor. Luego, al verla confundida, sentí una infinita ternura por la sinceridad de su confesión.

Pedí la cuenta y ya nadie dijo palabra. La acompañé al metro y con sonrisas que parecieron muecas, nos despedimos y nos deseamos buen año.

Y volví a acordarme de Buñuel.

El martirio

Pasé la navidad y el año nuevo en Chamonix, un pintoresco pueblito que se llena de esquiadores al sureste de Francia, cerca de la frontera con Suiza, en compañía de mis amigos. En esos días no pude evitar el recuerdo constante de María.

Creo que mi ensimismamiento por momentos era manifiesto. Estaba metido hasta el tope con una pasión que era sólo una contradicción más de los pesares humanos. Mi análisis me decía que la relación con María no auguraba nada bueno pero, por otro lado, el deseo por ella continuaba venciéndome.

Eran los primeros días de 1987 cuando regresé a París. Al llegar a casa mi primer pensamiento fue correr al teléfono y llamarla. Me contuve y esperé a que ella lo hiciera. Finalmente, fui yo quien la llamó. Contestó muy animada diciéndome que me había extrañado y que me quería mucho.

El invierno y un descuido provocaron que mi salud se quebrantara. Caí en cama durante varios días por una infección en la garganta, con fiebre y una debilidad absoluta en mi cuerpo. María no se separó de mí todas esas noches. Hubo una madrugada que deliré y por la mañana comentó que había dicho muchas cosas coherentes e incoherentes. Agregó que las primeras le encantaron. Las segundas jamás las mencionó.

Siempre valoré su tiempo, esfuerzo y desvelo para atenderme y cuidarme. Una vez que le di las gracias por darme mi medicina y llevar la cena a la cama me dijo: *No des las gracias, todo esto lo hago porque te amo.*

Cuando estuve postrado en la cama sentí el temor a la soledad. Creo que sólo cuando caemos enfermos pensamos en la fragilidad de la vida y en la necesidad de la compañía. María se entregó a mi cuidado como si fuera una extraordinaria dama voluntaria de la Cruz Roja y cada recado mañanero que me dejaba en la almohada, en el espejo del baño o ensartado en mi cepillo de dientes era como un bálsamo adicional de mi receta médica diaria:

¿Te encuentras mejor?

Espero que sí.

Nos vemos por la noche para cenar juntos.

Te amo.

María

Al recuperarme volvimos a llenar nuestros espacios y tiempos. Cuando la felicidad te

acompaña piensas que ésta es perenne y que los momentos amargos no han sido creados para ti. María y yo nos entregábamos ese inicio de año sin pensar en el mañana, como si la vida fuera joven y eterna y es que los amantes evitan hablar del futuro porque en sus vidas no tienen nada escrito. Su calor es único y solitario. El mundo exterior poco o nada importa.

Los tiempos eran sólo nuestros. No convivíamos con nadie más que con nosotros mismos. Fuimos perdiendo la capacidad de comunicación natural de dos personas que comparten momentos agradables con otras parejas. Toda invitación a reuniones o cenas que recibía de mis compañeros de trabajo las declinaba bajo el pretexto de que había quedado con María de hacer esto o lo otro.

La liviandad de María fue lo que desencadenó la serie de hechos que nos llevó a situaciones penosas y amargas. Fue en una cena donde empezó el martirio.

El agregado comercial de la embajada organizaba una cena al día siguiente en su departamento. Me insistió tanto que no pude negarme a asistir. Cuando le comenté por teléfono a María sobre la reunión, se entusiasmó y quedamos de vernos en casa a las seis.

Cuando le abrí la puerta encontré en ella algo nuevo. La notaba diferente: sus movimientos, la mirada, el rostro y la sonrisa, esa maldita y natural sonrisa provocativa. Cuando comenzó a quitarse el abrigo miré su figura: llevaba una falda Chanel de piel negra con una larga abertura en el lado de la pierna izquierda que le llegaba una cuarta antes de la cintura; al caminar se le podía ver el cambio de costura a sus uniformes pantimedias también oscuras. Suéter guinda y una bufanda blanca le llegaba más abajo de la cintura. Sus botas de ante también negras y su falda le daban una apariencia más alta de lo que realmente era. Sus grandes ojos verdes le resaltaban más por el carmesí en sus mejillas y el maquillaje le afilaba sus facciones. Fue tal la forma en que la miré, que exclamó: *¡Oye!, ¿no te gusto así? ¿Se te hace muy provocativa la falda?... Si te hago sentir incómodo mejor no voy a la cena…* —atajó.

—De verdad, María —comenté— te ves hermosa, sensual y eso sinceramente me preocupa, despiertas a simple vista demasiados deseos.

—No puedes negar que todos tus deseos han sido cumplidos señaló en un tono socarrón.

—No estoy hablando de ello —advertí por el giro que le estaba dando a la conversación—, sólo que nunca te había visto con ese tipo de ropa y tan maquillada como hoy…

Me interrumpió con una exclamación:

—¡El cambio, Sebastián, el cambio! Parece que los hombres se resisten a aceptar la transformación de las mujeres. Piensan que porque nos conocieron de una forma, nosotras no podemos variar nuestras mentes, cuerpos y ropas…

No tuve argumento para rebatir el suyo. Creo que no era la ropa ni el maquillaje lo que me llamó la atención. Era ella. Esa noche María estaba endiabladamente hermosa y peligrosamente coqueta.

Tomamos nuestros abrigos y salimos para abordar un taxi en la calle Vielle du Temple. Cuando subimos, el taxista miró a María varias veces por su espejo retrovisor hasta que habló:

—¿Me permite comentarle algo, señor?

—preguntó el taxista.

—¡Claro, adelante! —contesté.

—En este trabajo —dijo— uno ve todos los ojos y todos los rostros, todos y cada uno de los días…

—¿Sí? ¿Y? —le inquirí.

—Permítame decirle que en dieciocho años de taxista en París nunca había visto a una dama como la que lo acompaña, con unos ojos tan hermosos y un rostro tan perfecto… ¿Es ella modelo?

—No, no lo es —contesté y asentí con mi cabeza, mirando a los ojos del taxista en su espejo largo.

Luego miré a María y dijo:

—¿Tú qué opinas de eso, Sebastián?

—Tiene razón: eres la mujer más bella que he conocido —acto seguido me tomó la mano y se recargó en mi hombro.

Cuando llegamos al departamento de Daniel nos encontramos en la entrada del edificio a Sophie, una mujer francesa con la que Daniel vivía desde hacía un año. Percibí que la simpatía entre María y ella fue inmediata. Enseguida subimos al departamento.

Mis inquietudes comenzaron cuando María se despojó del abrigo y las miradas empezaron a posarse en sus piernas. Y es que en una reunión en corto como esa, las miradas están tan cerca que nadie puede negar el lenguaje de los ojos. Pronto sentí que María gozaba con provocar e insinuar. Se sentó y rápidamente cruzó la pierna izquierda que le dejaba al descubierto toda su pantimedia y el inicio de una de sus posaderas. Comencé a sentirme intranquilo. Siempre pensé que cuando alguien acompaña a una mujer así o es frívolo o es estúpido. Y luego me dije: yo no soy frívolo. Y con todo mi pesar me encuadré en la segunda categoría.

En la reunión se encontraban un suizo de nombre Harold y dos parejas, una de mexicanos y

otra de franceses. El grupo quedó completo cuando arribaron dos compañeros de Daniel del doctorado en La Sorbona, un hombre de color originario Kenya y otro de Siria. Éramos once en total.

En la sala los temas de conversación fueron dándose sobre México, Francia, política, moda, cine, economía, historia. Todos hablábamos de todo, con la excepción de María y Sophie, quienes comenzaron a platicar y nunca se soltaron. Las risas de Sophie y la celebración de alguna "puntada" de María eran acompañadas con expresiones de las manos de Sophie a la pierna de María o a su hombro. No hay que ser psicólogo para apreciar cuando dos personas se agradan. En ese momento recordé algo que un viejo paisano me dijo alguna vez: *Cuando los maricones y las lesbianas parecen serlo… lo son. Que nunca te quepa la menor duda.* El tiempo fue transcurriendo entre copa y copa hasta que el anfitrión nos invitó a pasar al comedor. Al ocupar los lugares, Sophie, a quien le tocó una de las cabeceras de la mesa que daba a la sala, le señaló a María que se sentara con ella a su lado. Fue a la única que le ubicó su lugar. Opté por sentarme a lado de María.

La cena preparada por Sophie fue tan exquisita que todos la celebramos. Continuamos con la sobremesa y el suizo empezó a dar muestras de beodo al abrir un tema que provocó la tensión de la charla del postre. La perorata de Harold era con Daniel, a quien le discutía que todos los continentes habían aportado algo al desarrollo de la humanidad, excepto África. Daniel intentó desviar el tema, pero sin ningún recato hacia el invitado kenyano, Harold insistía en que América, Europa, Asia, tenían en su historia mucha riqueza con la que de alguna forma habían dado un empuje a toda la civilización. Pero que África (refiriéndose al África negra) era una carga para todo el mundo y que no habían podido desarrollar nada que no fuera su ignorancia y su salvajismo.

El kenyano dio muestra de fastidio y no intervino en ningún momento para contestar a Harold su argumento, quien además ya mostraba mucha agresividad hacia el africano. El tema comenzó a incomodarnos a todos. Pero si María había llamado la atención con su vestido, cuando empezó a hablar dirigiéndose al suizo, todos, incluido yo, hicimos un silencio de respeto a su exposición.

—Disculpa que te recuerde —señaló María— lo que el continente negro, ese al que describes lleno de salvajes, ha aportado a la humanidad. Quizá seas un ignorante musical, eso te lo perdono. Lo que no te perdono es que hayas olvidado dónde nacieron los más bellos sonidos y las más hermosas danzas de este mundo. Si hay alguna raza que ha enriquecido a la humanidad en lo musical ésa ha sido sin duda la negra. Los espíritus más ricos son los que tienen amplias sensibilidades y el África negra es la sociedad que ha llevado a enriquecer el

desarrollo intelectual de los creadores musicales. Los tambores, el baile, los rituales, la alegría de sus fiestas, las ofrendas a sus dioses es algo que un muchacho pobre como tú no entendería… —y concluyó— y no voy a perder mi tiempo explicándote.

Todos callamos.

Al ver a María tan seria pensé que no hay mayor atractivo seductor que el de admirar la inteligencia de una mujer hermosa. El suizo tuvo una reacción de beodo consciente y dirigiéndose al kenyano concluyó:

—Ella tiene razón, la música es una gran aportación…

Quince minutos después Harold se despidió de la reunión.

En esos momentos hube de pararme al baño y, al regresar, desde la sala vi cómo el mantel le cubría a Sophie su antebrazo y su mano se perdía en la entrepierna de María. Busqué los ojos de ésta y cuando volteó a verme sonrió, con una mirada cargada de provocación. No dije nada, me quedé parado y propuse que estaríamos más cómodos en la sala. Aprovechando el oportuno *impasse*, la otra pareja de mexicanos, el kenyano y el sirio optaron por despedirse. María se dirigió al baño y le observé efectos en su andar producidos por la bebida. Finalmente, quedamos la pareja de franceses, Daniel, Sophie, María y yo. Cuando regresó del baño fue a sentarse en la alfombra y sin reserva alguna puso sus rodillas en alto, con lo que obviamente mostraba todas sus contorneadas piernas y más.

Sophie estaba eufórica y no paraba de hablar con María, yo con Daniel, y los franceses escuchando. Cuando sugerí despedirnos eran las cuatro de la madrugada. Daniel asintió con su cabeza, la que se le ladeaba ya a esa hora por cualquier motivo. María dijo que antes de irnos pasaría al baño y Sophie fue tras ella. La otra pareja aprovechó mi sugerencia y salieron antes que nosotros. Daniel fue a la cocina y comencé a desesperarme porque María y Sophie no regresaban.

Me puse de pie y me asomé a la recámara que conducía al baño para llamarla. No tuve que tocar. Al fondo sobresalía la luz del baño con la puerta abierta y vi las dos siluetas. Estaba con sus caderas recargadas en el mueble del lavabo y toda su maldita y desgraciada belleza hablando a una distancia de aliento con aliento con Sophie, quien la tenía cogida de una mano; al sentirme, ambas voltearon y sonrieron. Acto seguido se miraron y se besaron con esa ternura que sólo las lesbianas pueden darse.

Me quedé con las manos en los bolsillos y me dije: María no tiene remedio. Yo tampoco.

De regreso a casa, en el taxi, quiso juguetear sobre mi pantalón y le retiré su mano entre molesto confundido. Se fue al extremo del asiento y ya nadie habló hasta llegar al

departamento. Mientras nos desnudábamos para acostarnos le pregunté:

—¿Te gustó Sophie?

—No. Bueno, sí, pero creo que yo le gusté más a ella que ella a mí.

—¿Te has acostado con alguna mujer?

—agregué.

—No. Aún no. Pero tampoco me asustaría hacerlo, más bien tengo curiosidad por hacer el amor con una mujer, además, ella necesitaría gustarme mucho… pero, ¿por qué te pones tan serio, si al hombre y la mujer sólo los diferencian sus genitales?

—Sí, así es —contesté—, pero las diferencias sexuales marcan un abismo de sentimientos, lo cual hace que no sean iguales.

—¡Oye! —exclamó—, es hermoso conocer nuevas experiencias. Ven —me dijo—, no te enojes, ¿o acaso ya no quieres darle un beso a una principiante de lesbiana confesa?

María me pasó el brazo por el cuello y me besó.

—Vamos —agregó—, una aventura como la de esta noche le puede pasar a cualquiera, no por ello dejo de ser mujer o dejo de quererte.

—Yo no digo lo contrario —repliqué— sólo que con ello estás empezando a dejar de serlo, y respecto a que me quieres, pienso que estás muy mal María... —contesté aturdido.

Ya no siguió la conversación. Terminó de ponerse el camisón y se dirigió al baño. Al llegar al pasillo se detuvo y poniéndose las manos sobre su trasero, el cual echó para atrás, dijo:

—¿Tú crees que mi cuerpo es el de una mujer que está dejando de serlo? —y volteando medio rostro con una sonrisa concluyó—: yo no lo creo —y pisando de puntitas se metió en el baño.

Esa noche María estuvo himenalmente invencible…

Gracias a Sophie, pensé.

Pasaron los meses de enero y febrero y seguimos amándonos sin que nada dentro de lo anormal de la relación alterase la convivencia. Sus coqueterías para hombres y mujeres me las aguantaba, sus sonrisas comencé a verlas como algo natural y así la fui soportando. Debo confesar que su cinismo iba siendo cada día más obvio.

En el mes de marzo, de pronto, sin explicaciones y sin excusas, María comenzó a perderse de mi vista. Se aparecía un fin de semana y desaparecía dos. Cuando le preguntaba por qué lo

hacía, me respondía que no la presionara, al fin y al cabo yo la había aceptado como era, que no quisiera obligar a pedir permiso para ser libre. Comenzó a inquietarme ya no sólo la debilidad de su temperamento sino la confusión de su estado psíquico.

Mi loca pasión por ella comenzó a hacer estragos en mi ánimo y en mi organismo. Comencé a faltar a la embajada, dejé las clases de francés, mi arreglo personal pasó a un segundo plano. Cada día me interesaba menos París si ella no estaba conmigo. Mi depresión llegó al extremo de pasar hasta dos días seguidos sin salir de casa, sin asearme ni prender la TV, sin coger un libro, sin escuchar música. Solo, sentado y observando el teléfono azul de telecomm, esperando a que ella llamara.

Sus altibajos emocionales me preocupaban y agobiaban. La enfermedad estaba a la vista y nadie, por la propia circunstancia, hacía nada por intentar remediarlo. Pienso que la relación me empezó a deteriorar desde que la conocí. Las consecuencias me habían rebasado y ya todo me pesaba sobre la cabeza.

La angustia de esos días de espera fue algo espantosamente indescriptible. La confusión de amor y deseo, de resentimiento y repulsión, me fueron llevando a que mi percepción sobre la felicidad cambiara radicalmente. París había dejado de ser estímulo o motivo de alegría.

Un domingo por la noche no sé de dónde saqué fuerzas para ir a buscarla a la casa donde trabajaba. Su patrona me dijo que hacía un mes que María había dejado de trabajar con ellos y desconocían su dirección o teléfono donde localizarla. La señora agregó muy seria que la habían despedido por pasear en paños menores por su casa. Finalmente, dijo que no había podido llamar aún a la agencia de empleo que le envió a María para quejarse de ella.

Regresé a casa cargado de mucha tristeza. Fueron pasando los días sin saber de ella y comencé a dejar de dormir. Empecé a bajar de peso y mi rostro se afiló y se oscureció con mis marcadas ojeras. En las relaciones de amor hay infinidad de torturas: la indiferencia, los celos, el sadismo, la ironía, la crueldad, el egoísmo, pero hay una que te mata poco a poco. Y ésa es la zozobra, la intranquilidad que te produce el desconocimiento del paradero de la persona que amas, la desesperación y esa condenada adicción por verla aunque sea con otro, aunque sea de lejos, aunque sea poquito. Las pasiones enfermas tienen muchos bálsamos estúpidos.

Yo no ansiaba la paz, sino la feliz y desdicha de verla aparecer por mi puerta.

Cuando llegó uno de esos fines de semana al departamento entró y se sentó en el sofá-cama que yo tenía frente al comedor, se zafó los zapatos y estiró los dedos de sus pies. Abrió los brazos en cruz pasándolos sobre el largo respaldo del sofá y me dijo:

—¿Has probado la cocaína?

—Nunca. ¿Por qué? —contesté y pregunté, sentándome a la sazón en el suelo frente a ella.

—Es que yo la probé el pasado fin de semana y me gustó —afirmó sonriendo—. ¿Sabes?, es una sensación tan rara, como que todo te pasa tan de prisa y ves tantos acontecimientos en tan poco tiempo, que realmente es una experiencia única. Me vi de niña jugando a las muñecas con mis amigas de la infancia, vi como en una película toda mi vida y te afirmo que fue algo extraordinario. Sin embargo —agregó—, debo decirte que también tuve vivencias sexuales que casi me hacen enloquecer…

Tengo miedo de contarte esto porque pienso que te vas a enojar, pero creo que debo hacerlo. Créeme, Sebastián, no deseo lastimarte más…

—Vamos, dilo de una vez… —le solté con aire de impaciencia y resignación.

Y me lo sorrajo en mi cara:

—Tengo dos semanas viviendo con una pareja de franceses y le hice el amor a los dos al mismo tiempo y he vivido intensos días con ellos, nos hemos drogado, me han enseñado a hacer *striptís* con sensualidad. Michelle y Jean me han enseñado muchas cosas de los placeres que hoy y ahora ya no me asustan ni les temo. Fíjate que…

Me dolió el alma, el corazón y todo lo que no vemos de la intimidad humana. Evité seguir escuchándola. Me dio rabia, tristeza y una opresión terrible en mi pecho que alteró mi respiración. Estaba aturdido. Me levanté y me llevé las manos a las sienes. El que estaba mal era yo por soportarla… Trató de calmarme.

—Espera —me dijo, utilizando un tono disuasivo—ven, siéntate aquí, junto a mí. No te pongas así. Tú sabes que yo soy una mujer deseada por los hombres y también por algunas mujeres —agregó con una mueca seria pero maliciosa.

“Pero tú, Sebastián, tú me tienes más que todos, porque yo te escogí para quererte a mi modo —y continuó—, reconozco que mi ego me hace poseerte cada vez que lo deseo, y a pesar de que haga mil maldades y pecados, sé que te seguirás rindiendo ante mi cuerpo, no sólo por el erotismo que te provoca lo que hago, lo que hacemos en la cama, sino porque me amas con tanta locura, que disfruto lastimarte al lastimarme.

Confesarte que gozo cuando los hombres me ven desnuda, que siento placer por provocar la envidia femenina cuando ven mi juventud y mi cuerpo es algo indescriptible que tengo que restregarte para torturarte, para gozar este suplicio, para convencerme de que soy una mujer infame y menos que una miserable porquería.

“El placer de lacerarte y de dañarme me provoca una dicha insana que tú sabes que en el

fondo no disfruto. Perdóname por tanto latigazo de rencor que te doy y tú soportas. Perdóname por quererte de esta forma enferma. Gracias, también, por quererme como me quieres.”

Me sentí como un ovillo a sus pies. Se me acercó y rápido empezó a lamer mi oídos. Resistí muy poco... y pronto comencé a olvidar lo que acababa de decirme…

Epílogo

También tuve asomos de valentía y conciencia para intentar alejarme de María.

Cortejé a Brigitte, una chica francesa originaria de Marsella que trabajaba como secretaria en la embajada. Salí en dos ocasiones con ella intentando distraer mi absurda atención sobre María. Fue inútil.

Todo se vino abajo cuando Brigitte llamó a mi departamento en mi ausencia y tuvo la mala suerte (y yo también) de que le contestara María. Ésta la amenazó con golpearle la cara y sacarle los ojos con sus propias uñas si la llegase a ver conmigo, según me dijo Brigitte posteriormente. Por supuesto que ya no quiso saber más de mí, ni por teléfono.

Luego le extravié la llave del departamento y le di largas para darle otra copia. Fue inútil. Me esperó en varias ocasiones durante horas afuera hasta que yo llegase a casa. Pronto le regresé su llave. Posteriormente, me comporté seco y áspero con ella. También fue en balde. Durante una semana me llamó a las dos, cuatro y cinco de la madrugada para decirme que no comía, que no dormía, que no la tratase así. No pude soportar su chantaje y no tuve el valor para aguantar las ganas de tenerla otra vez conmigo.

Necesitaba hablar con alguien sobre lo que estaba viviendo. Por ello, llamé a Raymundo para invitarlo a cenar. Le pedí que viniera solo a casa. Sabía que el consejo más sabio era que me alejara de María, y eso Raymundo me lo había repetido infinidad de veces. Esa noche le confesé a mi amigo que sólo me motivaba vivir el ver a María. Me recomendó que al día siguiente le hablara a un psicólogo amigo de él, que yo necesitaba un tratamiento. Estuve de acuerdo y acepté su sugerencia.

Estábamos en pleno postre cuando sonó el teléfono del departamento. Era ella. Se escuchaba eufórica. Dijo que deseaba verme, que se encontraba en la discoteca La Piscine, cuando volteé a ver a Raymundo buscando su comprensión, meneó la cabeza de lado a lado y finalmente dijo: *Te acompaño.* Y nos dirigimos a encontrarnos con María.

Cuando llegamos, María estaba en la barra abrazada de un tipo de rasgos orientales. Éste la estaba besando y manoseando por todo su cuerpo. Cuando ella nos vio se zafó sin explicaciones y se abalanzó para abrazarnos a ambos con una gran sonrisa.

Olía a cigarro, alcohol, sudor y perfume. Era la una de la madrugada. Conseguimos una mesa y nos sentamos los tres. Pedimos unas bebidas y estuvimos conversando hasta avanzada la madrugada. Y bailamos dos o tres melodías. Cuando María invito a bailar a Raymundo, éste se

negó argumentando que estaba muy cansado. María no se inmutó y haciendo un gesto de ¡allá tú! se puso de pie y se dirigió a una mesa del otro lado de la pista. Invitó a bailar a un joven que departía con una pareja de personas mayores; él aceptó y María cogió la silla de ruedas en la que el joven paralítico estaba y llevándolo al centro de la pista inició una danza llena de erotismo alrededor del inválido aquel.

Pocas cosas sorprenden al mundo europeo y menos en una discoteca, pero muchas de las personas que se encontraban bailando alrededor de esa singular pareja no ocultaron su turbación, primero, y posterior curiosidad después. El joven se encontraba fascinado sin perder de vista los ritmos de María, ésta, con sus movimientos de brazos estirados hacia adelante y doblándolos hacia atrás, echando el dorso hacia el frente, marcaba sus cónicos pezones sin sostén en su pequeña blusa de algodón.

El movimiento de sus caderas y hombros parecía un ritual africano que le exigía su temperamento en esos momentos. María sólo escuchaba la música con los ojos entrecerrados, bailaba una danza que sólo ella sentía, de vez en vez lanzaba una sonrisa a su pareja, el cual movía su cabeza y sus brazos intentando llevar el ritmo de la melodía con una ansia en su mirada que sólo la angustia de la impotencia masculina puede reflejar.

De pronto el ambiente empezó a cambiar. El joven paralítico detuvo sus movimientos dancísticos y se limitó a observarla. Algunas parejas detuvieron su baile y se giraron para mirar a María, otras optaron por irse a sentar y en el camino murmuraban. María nos seguía dando la espalda y cuando giró hacia nosotros vimos por qué todos se habían detenido a verla. Ella continuaba con sus contorsiones sensuales de vaivenes acompasados y sus ojos no se abrían ya para nada, pero lo que sorprendió a todos fueron las manos de María. Su mano izquierda la había introducido por debajo de su blusa y estaba acariciándose sus senos, y su mano derecha la tenía hundida y estaba tallándola en el fondo de su entrepierna sobre su falda negra: ¡estaba masturbándose!

Mi amigo y yo no supimos qué hacer, nos miramos y luego fuimos cómplices partícipes de todo el público de la discoteca, incluidos meseros y capitanes. Cuando el *disc jockey* paró la música, María quizá tardó diez o quince segundos más y emitió un alarido de placer tan grande que sus rodillas se doblaron sin caer al suelo. Cuando abrió los ojos nos miró a todos y volteó a ver sus manos que seguían sobre su cuerpo. Las retiró inmediatamente y dándole la espalda al joven inválido se dirigió hacia nosotros y preguntó ¿qué pasó?, ¿Qué hice? Sus grandes ojos verdes volvieron a reflejar una terrible confusión nerviosa y alcohólica. Me abrazó con una ternura infinita como buscando desesperadamente un consuelo o un refugio por todo su avergonzamiento. Yo sólo opté por abrazarla y acariciarle su nuca mientras ella

posaba su rostro en mi pecho y comenzaron sus convulsiones de llanto, agitada, moqueando y limpiándose con las yemas de sus dedos el rímel que con sus lágrimas corría sobre sus mejillas.

Pronto nos dirigimos los tres a la salida del lugar bajo la mirada de mucha gente.

A la salida de la discoteca, antes de tomar nuestros respectivos taxis, Raymundo tomó mi brazo y llevándome a unos pasos de ella me miró a los ojos y dijo:

—Sebastián, querido amigo, ¿no te das cuenta que te está destruyendo? ¿Acaso no te das cuenta de que ella está enferma? ¿También te has vuelto loco? ¿No quieres ver la piltrafa en la que te estás convirtiendo? ¡Mírate!, estás hecho añicos y pronto no servirás para nada.

Y mirándome con un gran afecto señaló:

—Están muy enfermos. Los dos necesitan atención médica. ¡Hazme caso! ¡Llama a mi amigo mañana!

Acto seguido nos despedimos.

María continuó llorando. Llegamos a casa y pronto se durmió. Yo no quise que me dominara el cansancio, la observé hasta las diez de la mañana, su respirar, su aliento, sus párpados cansados, las cuevas de su nariz, sus gruesos labios, sus mejillas algo pecosas; recordé cuando caminábamos por los bosques y jardines de Versalles, y abrazados en el invierno, marchando sobre alfombras de hojas secas y húmedas, haciendo caminito por la sombra. Con ese recuerdo me quedé cuando comenzó a ganarme el sueño.

Cuando desperté eran las tres de la tarde y María se había marchado. Me bañé y salí a comprar víveres para el fin de semana. Era sábado, prendí la televisión y no pude distraerme, tenía miedo de salir por la posibilidad de que ella regresase o llamase por teléfono. Tuve suerte. Apareció por mi puerta al atardecer. Tenía el rostro enrojecido y un abrigo negro que le llegaba hasta el tobillo. Giré la puerta e hice un ademán con mi brazo derecho ofreciéndole el paso, todo esto sin dejar de mirarnos a los ojos y sin musitar palabra. Se dirigió al viejo sofá rosa y se sentó: la vi agotada. Me miraba con esos ojos verdes tan redondos y luego bajaba su vista a la alfombra. La vi deprimida. Sus manos las movía nerviosas en su entrepierna. Yo continuaba de pie frente a ella. Volvía a subir la mirada y la devolvía a la alfombra. Comenzó a alterarse su respiración y suavemente, como un movimiento ritual, se quitó sus botas negras de ante.

El pasillo que daba a la cocina, al baño y a la recámara, estaba a mi espalda. Caminé hacia atrás, pasé la puerta de la cocina que estaba a mi izquierda. Alcancé la del baño. Ahí, a cinco metros de ella y sin dejar de mirarnos, me despojé de la ropa y quedé desnudo. Giré la perilla

de la puerta y me puse debajo de la regadera. No creo que hubiesen pasado más de tres minutos cuando abrió la puerta del baño con timidez, poco a poco. Cuando sentí la luz que se asomaba por la ventana del pasillo volteé de lado y de abajo hacia arriba y ahí estaban otra vez esos ojos verdes redondos con la cabeza de lado y su nariz al borde de la puerta.

Ahí parada, sin atreverse a entrar o cerrar la puerta, continuó en silencio descalza y con sus mejillas rojas. Seguí enjabonando mi cuerpo, enjuagándome, lavándome, hasta que cerré la llave de la regadera. Acto seguido ella se retiró de la puerta. Al salir envuelto en mi toalla la busqué y otra vez la vi sentada en el sofá y continuaba con su abrigo puesto con la mirada clavada en el piso. Volteó a verme y en su mirada percibí que me tenía rencor y amor a la vez. Hay veces en que los silencios de los amantes también son sus más fervientes discusiones. Creo que ambos evitábamos pronunciar palabras por temor a herirnos. Me dirigí a la recámara para vestirme. Decidí ponerme formal y al concluir el nudo de mi corbata fui a la cocina a preparar la cena.

Cocinar era una de las actividades que más me relajaban. Cuando estaba abriendo la lata de lentejas, María y su saxofón comenzaron a producir los sonidos melódicos de *Cuando los años pasan y La vie en rose*. Y, como siempre, en su posición de flor de loto y en el centro de la sala. María sabía que la primera melodía era mi favorita. Así, ella tocando y yo cocinando continuamos sin palabras, aunque en el ambiente flotase nuestro lenguaje.

Al preparar la mesa encendí dos velas y abrí una botella de vino. Ella había dejado de tocar. Serví los platos y las copas y de pie, a la orilla de mi silla, la invité con la mirada a sentarse en el lugar opuesto. Se incorporó y abrió su abrigo de par en par y cayó al piso sin que en el camino algo lo detuviera. María venía completamente desnuda, no traía sostén ni bragas. Se quitó sus aretes y reloj y fue a sentarse en la silla. Al hacerlo, cruzó una pierna, tomó una copa, la levantó para chocarla con la mía. Cenamos, bebimos y muchas veces curioseamos nuestros rostros con las miradas y, poco a poco, nuestra muda conversación se fue haciendo menos tensa por el efecto del vino en nuestra sangre.

Ese silencio que vivimos fue único por su soledad, intimidad y violencia. Aun con María desnuda frente a mí yo no sentía deseo. Sus senos no mostraban ningún insinuante respingo y en mí no reaccionaba ninguna parte de mi cuerpo.

Ese día María quiso mostrar que su cuerpo era lo más valioso que poseía y que nuestra relación nunca pasó más allá del erotismo.

Los dos abusábamos de nuestro estado psíquico. Éramos dos enfermos que se amaban, y en nuestros desvaríos imaginábamos que aún había lugar para el amor.

Cuando nos enamoramos, todos los que logramos vivir ese proceso que abarca la dicha, la impaciencia, las manos sudorosas, el lenguaje trémulo, los nervios inconscientes, la fortaleza, la pasión, la ternura, lo infantil, lo cursi y en general todos los sentimientos más humanos y más irracionales, no los vemos de golpe. Creo que si analizamos cuándo nos pasa, el amor es siempre de poquito en poquito. Así me sucedió con María. Todo empezó despacito y el camino que recorrí de mi amor por ella, para bien o para mal, casi estaba completo.

Creo que el riesgo de una pareja que está violentamente relacionada por el erotismo es que ambos se van acercando a la perversión y a los límites de una neurosis sexual. Esas cuarenta y ocho horas le dimos ritualidad a nuestros desvaríos eróticos y nos convertimos en amantes enfermos, y creo que fue por haber vivido demasiado solos nuestra relación.

Ambos deseábamos decir adiós pronto por lo tortuoso de la relación, pero al mismo tiempo nos dolía el pensar que difícilmente nos volveríamos a encontrar. Fueron días tan tormentosos que casi se me altera el juicio.

Esas dos noches fueron veladas de vino, amor y lágrimas; nos amamos, lloramos y nos preguntamos cosas sin decirnos nada. María comentaba: *Prométeme que cuando seas viejito te acordarás mucho de mí, y cuéntale a tu mejor amigo lo que nos quisimos. Dile que vivimos intensamente una historia de mucho amor.*

Luego dijo: *Sé que mi organismo es uno de mis más fuertes adversarios pero, también, por momentos me doy cuenta de que no estoy muy bien de salud,* con el índice señalándose su sien, concluía ¿tú sabes, no?, y agregó:

—Fíjate que hace días me sentí muy sola, deseaba arañar las paredes y no sabía por qué. Daba vueltas en la cama y el techo de mi cuarto se me hizo odioso. Abracé la almohada y me enredé entre las sábanas. Me levanté y fui al baño a mojarme el rostro para no sentir la temperatura de una mujer que desea estar acompañada. Me miré en el espejo y me pregunté: ¿soy bonita? Aun dándole al espejo la mejor sonrisa me dije: ¿le gustaré a alguien? Me vi de uno y otro lado. Me observé los dientes, acomodé mi pelo de una y otra forma y el espejo me reflejó que soy joven. Pero me siento muy sola a pesar de tu cariño.

Me fui a la cama nuevamente y escuché música, luego empecé a hojear un libro y no pude concentrarme en él. Fui a la ventana y la abrí para ver París de noche, aspiré hondo. Cerré la ventana y prendí la televisión para distraerme, pero fue imposible.

La necesidad de compañía es más grande que todas las mayores y mejores distracciones tecnológicas del mundo. La soledad nuestra es tan única que sólo siendo mujer podrás sentirla. Los recuerdos nos pesan más que a ustedes. Nuestra naturaleza añora sensiblemente a la

pareja. Nuestras lágrimas son más solas porque la feminidad nos lo permite; las mujeres jamás olvidamos los amores intensos, los amores fallidos, esos que pudieron ser y no fueron porque la vida se te dio como es y, sobre todo, ¡ah!, las fantasías, Sebastián…

Las fantasías hacen que las mujeres nos mantengamos vivas.

Siempre y a solas, las mujeres vivimos de los sueños y fantasías…

Cuando terminó de hablar sentí cómo se me desgarraba el alma. Cuando una mujer habla de su soledad está abriendo su corazón sin miedo a que la lastimen.

Nunca había olido tantas horas los cuerpos desnudos de una pareja. Nuestros vientres se restregaron con su único lenguaje y esas noches nos frotamos tanto que hasta las pieles se desgastaron un poco. Nos observábamos el rostro como intentando grabarnos las facciones. Afuera, una leve llovizna bañaba la ciudad de París. Esa vez la relación se detuvo en un espacio sentimental sin cabida para el tiempo, como si en cualquier época y lugar de la historia pudiera haber existido una pasión enferma de amor agonizante como el nuestro. Esa última noche me ató una cadena al cuello, nos hartamos de amor y nos prometimos todo y ninguno cumplió nada. Así nos fuimos quedando dormidos.

El lunes por la mañana escuché gritos en las escaleras. Desperté y María no estaba a mi lado. Los gritos continuaron, me incorporé y me puse mi bata y fui a ver qué sucedía. La puerta estaba entreabierta y me asomé: María estaba afuera recargada en el pasamanos de la escalera completamente desnuda con una sonrisa que confundía con su mirada extraviada, mirando a mi vecina, quien no paraba de gritar: *¡vous est malade! ¡vous est malade!*

Salí para abrazar a María y la introduje a mi departamento, no sin antes pedir disculpas a la señora del cuarto piso, que me miró con aire de reproche. Al llevar a María a la habitación para vestirla, la sentí helada; no supe cuánto hacía que estaba fuera del departamento. Le pregunté varias veces por qué hacía eso y no me contestó, sólo sonreía.

Cuando terminé de vestirla en silencio, habló. Levantó su mano y con el dedo índice hacia el techo me dijo:

El rojo es la esperanza,

El verde es la alegría,

El blanco es la belleza,

Tú eres mi salvador,

Ven, ¡hazme el amor y purifícame!

¡Sálvame! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

Luego calló y se quedó como hipnotizada sentada sobre el colchón. Sentí mis ojos muy húmedos.

Ella siguió inmóvil y con la mirada perdida. Estaba muy nervioso. La zarandeé sin obtener una sola palabra. Esperé un par de horas para intentar sacarle una palabra. Fue inútil. Tomé mi abrigo, le puse llave al departamento por afuera y comencé a caminar sin rumbo fijo. Iba llorando. No supe cuánto tiempo caminé. Pensé llamar a Raymundo. No lo hice. Luego tomé una determinación, busqué mi agenda y un teléfono, hice una llamada a España y regresé a casa con unos pies cansados y pesados. Sentía ternura, impotencia y tristeza de verla así. Cuando llegué me vi completamente empapado. Preparé de cenar y apenas probó bocado. Se fue quedando dormida y yo con ella.

Al día siguiente le dije que me esperara y no saliera de casa. Que yo iría a la embajada y regresaría después de mediodía. Movió la cabeza en sentido afirmativo pero no pronunció palabra alguna.

Cuando regresé al departamento eran casi las tres de la tarde. Abrí y encontré el saxofón, un recado en la mesa y sobre él la llave de mi departamento. El recado decía así:

Sr. Sebastián:

Mucho le agradecemos el habernos avisado del estado de salud de María y por cuidarla todos estos días que no supimos de ella. No se imagina la preocupación que vivimos al desconocer su paradero durante estas últimas semanas.

Recogimos las cosas personales de María. Esperamos no haberle ocasionado muchas molestias y también le pedimos una disculpa por no esperar a que regresase, pero ella no quiso despedirse de usted. Cuando le comentamos que lo esperaríamos se alteró mucho, usted comprenderá. A mi esposa y a mí nos duele no haber podido conocer, como era nuestro deseo, a la persona que cuidó a nuestra querida hija.

Si algún día va a Barcelona, nos gustaría saber de usted, y si ello no es posible, desearíamos tener noticias suyas aunque sea por correo.

Con nuestro profundo agradecimiento

P.D. María le regaló su saxofón. No quiso pronunciar una palabra, pero se negó a llevárselo.

Cuando se llevaron a María, yo quise seguir soñando, pero no pude. Además, ¿qué ser humano se hace a la idea del sufrimiento? Fue tan fuerte el impacto de verla enferma, que

siempre regresaba a la realidad. Ahí reparé en que nunca recordé que el futuro nos alcanzaría y que la vida duraba más que nuestros sueños. El espacio que dejó María en casa fue muy grande. Salía a caminar por París y deseaba perderme, pero siempre regresaba a los lugares conocidos que disfruté con ella. Me sentía como en un llano a la vista de todos, sin compañera que me animara, ni pared que me ocultara. Estaba indefenso y sin saber cómo empezar a vivir otra vez.

Hubieron de pasar dos larguísimos meses para que yo regresara a México. En esas noches no dejaba de inquietarme al recordar a María. Pensaba en sus noches y en sus días: ¿estará mejor de salud? ¿Se acordará? Siempre me negué a mí mismo al no querer hablar por teléfono para saber de su salud. Quizá porque siempre tuve el temor de que su recuerdo me alcanzara. Siempre me sentí orgullosamente latinoamericano por lo sensible de mis sentimientos, pero con María hubo ocasiones en que deseé ser inglés para haber podido dominar mi pasión por ella.

Las risas de María quedaron atrás, pero sus caricias, aun con el tiempo, no las pude desvanecer como jabón en mi piel. Continuaron tatuadas en mi mente y en mi corazón.

Cuando dejé París sentí un gran vacío y mi pensamiento acudió a ella como buscando consuelo. Lo encontré. Después de todo, el amor enfermo que vivimos fue sincero y verdadero. La borrasca parisina había pasado.

Tenía casi cinco meses de haber regresado a México, y aunque mis viejos amigos me hacían la vida menos pesada, no lograba sustraerme del todo al recuerdo de María.

Comencé a impartir clases en la Universidad Iberoamericana y eso distrajo toda mi atención. Preparaba durante horas cada una de mis cátedras. Quizá mi motivación es que inconscientemente en los rostros de cada una de mis alumnas siempre me acordaba de ella. Nunca en esos meses tuve el estímulo por conocer a mujer alguna. Estaba demasiado marcado por la locura de París y, por lo mismo, evitaba cualquier involucramiento sentimental.

Fue una tarde antes de la navidad de 1987 cuando tuve noticias de María.

Ese jueves, como casi todos, fui a comer a casa de mis padres. Cuando llegué me dirigí a la habitación que de niño tuve. Era la única atmósfera donde me sentía como en la tierra de nunca jamás. Siempre ese cuarto había sido mi verdadero consuelo y relajamiento. Cuando entré me quité los zapatos y me acosté. Miré las fotos de cuando jugué en el equipo de futbol de la secundaria; dos diplomas de aprovechamiento, mi título profesional y la lámpara del techo, esa lámpara que según mis padres fue un regalo de su boda. Vi la puerta del clóset y recordé que ahí guardaba un instrumento musical que significaba mucho para mí.

En esa atmósfera siempre aspiraba hondo porque gozaba el aroma de caoba y encino americano de las viejas cabeceras y el buró de mi recámara.

En eso volteé a ver mi viejo reloj *west clock* y ahí estaba un sobre dirigido a mí, sin remitente y de y procedencia extranjera. Cuando vi el timbre de España sentí mi corazón latir más aprisa.

La abrí y empecé a leer.

Barcelona, España. Dic/1987

Querido Sebastián:

A pesar de las noches en que junto al Sena inventamos muchas lunas y estrellas en nuestros corazones, hoy la vida no me da oportunidad de compartir contigo mis anhelos.

¿Cómo guillotinar nuestra relación con buenos deseos de bienestar y un golpe de teléfono?

¿Cómo despedirme frente a frente? ¿En el metro? ¿Del vagón al andén?

A veces imagino que la vida es una constante de cariños cíclicos y afectos relativos.

Me marcaste la vida muy temprano y muchas cosas aprendí de ti, pero nunca me enseñaste a decir adiós.

¿Sabes que daría mi vida por ir ahora tomada de tu mano haciendo caminito a donde tú quisieras?

Estoy internada en un hospital y aquí me dicen que mis fantasías han terminado. (Si supieran que siempre he vivido de ellas)

¿Acaso se acabó la historia que inventamos? ¿Crees que todo lo que nos amamos existió solamente en nuestra imaginación?

A mis 23 años mi mayor deseo en la vida es que no me guardes rencor. Todo el daño que te hice nunca lo disfruté porque siempre se me hizo hiel. Tu gran amor lo llevo escrito en un diario de pastas rojas para no olvidarlo. Pero ¿cómo voy a olvidarlo si en estas pequeñas paredes con gente de batas blancas es lo que me da la vida? Dicen que este libro es mi obsesión. ¡Si supieran! Cuando me sacan a pasear por el jardín, al respirar y ver el cielo sólo pienso en ti. Ellos desconocen que este diario es nuestra vida.

Sebastián, creo que nos amamos demasiado y ambos vivimos lo que sentimos en nuestro tiempo y nadie nos lo

arrebató. Creo que todo fue producto de nuestros destinos.

No sé si me curaré. Pero desde siempre, recibe todo el amor del mundo. Y recuerda que siempre te amaré, aun estando loca, aun estando muerta.

María

Nunca creí que un hombre pudiese llorar tanto. Esa tarde y noche lloré, lloré y lloré hasta perder casi la visión por la inflamación de mi rostro. Me daban ganas de gritar, de correr, de golpear, pero únicamente lloré. Luego, poco a poco sentí que me dormía y flotaba… soñaba… soñaba que María y yo estábamos en París sentados al borde de la fuente de Neptuno en Versalles y jugando le mojaba con agua el rostro, y ella reía y reía… con ese brillo único de sus grandes y hermosos ojos verdes.

Ciudad de México 1995.

Al terminar sus estudios posteriores, Sebastián recibe de parte de un amigo político el ofrecimiento de ocupar una cartera diplomática en el consulado de México en París. Acepta con la ilusión de vivir una aventura prometedora. Su proyecto es estudiar y disfrutar su juventud en el ambiente estimulante de París; al llegar, de paso (obligado) por la Alianza, conoce a María, catalana que ha ido a París con la misma ilusión y deseo de aventura que él.

Comparten valores y destinos típicos de familias conservadoras, aunque contrasta el aire liberal de ella con el machismo de él. Como era de esperarse, la distancia supera las taras familiares y culturales; así, abolidos los límites, la atracción mutua los laza a vivir un *amor loco:* marcado por violencia y ansias de experiencias intensas.

A lo largo de esta breve pero intensa primera novela de Jaime Ramos, el lector —llevado del frenesí en que se queman María y Sebastián— descubre que así como hay vidas que necesitan muchos años para cumplirse, también hay otras que se viven y agotan en unos cuantos momentos, donde la huella de ese fuego, queda para siempre.